

LAS DOS NATURALEZAS EN EL HIJO DE DIOS

Por E. W. Bullinger

Traducción castellana:

Juan Luis Molina

Con la colaboración de
Claudia Juárez Garbalena

juanluis.molina@hotmail.com
mirasoloadios@live.com

Noviembre de 2012

<http://mirasoloadios.blogspot.mx/>



Mira Sólo a Dios



PREFACIO

La experiencia del hijo de Dios se describe en Gálatas 5:17, con las siguientes palabras: “Porque el deseo de la carne es contra el espíritu y el del Espíritu es contra la carne.”

En todo menos en esto, el mero profesor puede imitar al verdadero hijo de Dios, y esto es lo que distingue a la persona meramente religiosa del verdadero cristiano. Todo verdadero hijo de Dios siempre mantiene y habita en una experiencia de conflicto interior, como se describe en Gálatas 5:17. Pero no todo hijo de Dios comprende la doctrina que le concierne. Tener o pasar por la experiencia sin conocer la doctrina es el fértil origen de confusión, falta de sosiego, y desmotivación. Conocer la doctrina y no pasar por la experiencia es fatal, y significa desastre eterno. El único remedio para eso es aprender, directamente de la Palabra de Dios, y ahí se enseña concerniente a la naturaleza heredada a través de generación Adán, y la naturaleza heredada a través de regeneración por Dios. Solamente esto es lo que da al creyente el verdadero conocimiento concerniente a la “colaboración con Dios”; y la llave para sus experiencias que de otra forma serían para él inexplicable. Cuando se comprende claramente la doctrina de las dos naturalezas, entonces, todo aquello que antes servía como causa de dudas no solamente desaparece, sino que pasa a ser el seguro fundamento o garantía; y es, de hecho, la mayor certeza que alguien pueda tener jamás de que es un colaborador de Dios, y de que Aquel que comenzó la Buena obra en él, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Filipenses 1:6).

El objetivo de las siguientes páginas es dar el conocimiento de esta doctrina, para que la experiencia, que produce duda y temor, pueda llegar a ser el origen o fuente de paz y gozo.

E. W. BULLINGER

Mayo, 1906.

CONTENIDO

Prefacio.....	3
Introducción.....	5
Capitulo 1. Los Nombres y las Características de la Vieja Naturaleza.....	6
Capitulo 2. El Carácter y Fin de la Vieja Naturaleza.....	10
Capitulo 3. Los nombres y las características de la Nueva Naturaleza.....	11
Capitulo 4. El carácter y fin de la Nueva Naturaleza.....	16
Capitulo 5. El conflicto entre las dos naturalezas.....	21
Capítulo 6. Nuestras responsabilidades respecto a la vieja naturaleza.....	28
Capítulo 7. Nuestras responsabilidades respecto a la Nueva Naturaleza.....	33
Capitulo 8. Conclusiones practicas.....	43

INTRODUCCION

“Lo que es nacido de la carne, carne es; Y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6).

Hoy en día escuchamos mucho hablar acerca de lo que se denomina “la enseñanza de Jesús”; y se hace un intento de establecerla por encima y en contra de la enseñanza de Pablo, sin tener en cuenta el hecho de que tanto los Evangelios como las Epístolas, ambos son dados por Inspiración del mismo Espíritu Santo. El hombre habla así, no porque desee saber u obedecer la enseñanza de Señor Jesús, sino porque desearían rebajar la autoridad de la enseñanza de Dios a través de Pablo, y verse libres de lo que ellos llaman la Teología Paulina. Confrontados cara a cara con la enseñanza actual del Señor Jesús, estos intérpretes no tienen en sí nada de su enseñanza. Se vuelven atrás, y ya no andan más con él (Lucas 4:28, 29). En Juan 3:6, tenemos la enseñanza del Señor Jesús sobre una doctrina fundamental. Establece una verdad eterna. Pero es la única verdad que el hombre natural no poseerá jamás. Esta verdad declara que, por naturaleza, somos todos a una descendientes del caído, Adán; somos engendrados en su imagen (Génesis 5:3); y participes de su naturaleza caída. Nacidos de la carne, poseemos la naturaleza del progenitor, y somos carne. Esta carne, “la enseñanza de Jesús” declara que “la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63); y en ella “no mora el bien” (Romanos 7:18). Pero, como ya hemos referido, esta es la enseñanza que el hombre nunca recibirá. Púlpitos, plataformas, y medios públicos informativos, a una voz proclaman lo contrario; y declaran que hay algunas cosas buenas en el hombre, y que todo lo que hay que hacer es descubrirlas y evidenciarlas.

Es contra esta mentira del diablo, el hacha de la verdad Divina se levanta, cuando el Señor Jesús declara que “lo que es nacido de la carne, carne es” que “la carne para nada aprovecha”; y que en ella “no mora el bien”. Si algo de bueno puede ser hallado en el hombre, debe antes haber sido puesto por Dios en su interior. Debe ser “renacido del Espíritu”; y cuando esa “cosa buena” es así nacida y hallada en un hombre, entonces se hace partícipe de la naturaleza del Progenitor. Es espíritu. Es Divino. Ahora bien, estas dos naturalezas son tan opuestas en su origen, natura, y carácter, que en cada una de sus diferencias posee diversos nombres en la Palabra; y cada nombre revela algunos rasgos nuevos y alguna verdad adicional. Veamos primeramente los nombres por los cuales el hombre, por naturaleza, es nombrado.

CAPÍTULO 1

LOS NOMBRES Y CARACTERÍSTICAS DE LA VIEJA NATURALEZA.

1. LA CARNE. Tal como se expone en Juan 3:6 “Lo que es nacido de la carne, carne es.” Proviene por nacimiento generado a través de un progenitor caído. Concerniente a esta Carne, se nos dice que: “no puede agradar a Dios”. (Romanos 8:8); que “para nada aprovecha” (Juan 6:63); y que en ella “no mora el bien” (Romanos 7:18).

Ahora bien, esta es una verdad vital y fundamental. La cuestión es: ¿La creemos? ¿Creemos a Dios o al hombre? Si creemos a Dios, veremos que la gran mayoría de lo que se conoce por el nombre de “adoración pública” no es otra cosa sino solo vanidad. La verdadera adoración debe ser enteramente la del espíritu, o la nueva naturaleza. Debemos llegar a decir con María: “Mi alma magnifica siempre al Señor, mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”.

Es solamente siendo salvos que somos capaces verdaderamente de adorar. Si la carne de sí misma “para nada aprovecha”, entonces está muy claro que no podemos adorar a Dios con ninguno de nuestros sentidos (que pertenecen todos a la carne). No podemos adorar con nuestros ojos por observar los sacramentos. No podemos adorar con nuestro olfato por oler el incienso. No podemos adorar con nuestros oídos por escuchar música; no, ni podemos adorar con nuestras gargantas por cantar. Todo lo que proviene de la carne “para nada aprovecha”. Dios no tiene ningún respeto hacia ella, y en vano delante de Sus ojos serán todos sus esfuerzos. Los cristianos Protestantes concuerdan con nosotros respecto al observar los sacramentos, o el oler incienso; pero ¿qué sucede con los demás sentidos de la carne? ¿Qué sucede con los oídos y gargantas? En todas las iglesias aparecen “cancioneros”; y con “1000 canciones”, y “bandas de música”, “solos”, y “coros”, y “contrabajos”, y el nuevo “Evangelio Musical”, han pasado esas iglesias a vivir en una moda, donde la “carne” parece haber abrazado universalmente el nombre de adoración. Pero a pesar de todo, “para nada aprovecha”. Esta corriente sigue su curso lado a lado con otra, cuyo clamor es “Sed llenos con el Espíritu.” Pero la “Palabra de la verdad” se divide incorrectamente. Pues un punto final está puesto después de la palabra Espíritu; y así señala que, si somos llenos por el Espíritu, será evidenciado efectivamente: por ejemplo “hablando entre vosotros con Salmos, e himnos, y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones (no meramente de garganta para fuera ni dirigido a ninguna congregación). No se trata de un “oído musical”, sino que lo que se pretende, es un corazón para la música. De este título de la vieja naturaleza aprendemos que “la carne para nada aprovecha”. Esta solemne verdad, es fundamental para la cristiandad: mientras que lo contrario es fundamental para la religión. La religión tiene que ver con la carne: La cristiandad tiene que ver con Cristo y la nueva naturaleza (la cual es *pneuma-Cristou* o espíritu de Cristo). Pero tenemos más cosas que decir en esta materia y las diremos más adelante.

Esta vieja naturaleza se denomina también:

2. “EL HOMBRE NATURAL”. Y se nos dice que “el hombre natural no percibe las cosas del Espíritu de Dios: porque para él son locura; y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente” (1ª Corintios 2:14).

En la estructura de esta porción de 1ª Corintios, versículo 14 mantiene una correspondencia con el versículo 8; que nos dice que “ninguno de los príncipes de este mundo conoció la sabiduría de Dios”, es decir, el gran Secreto – el Misterio – porque estaba “escondido” en Dios (Efesios 3:9), y ningún ojo lo vio, ni oído oyó. E incluso ahora que ya se ha “revelado” (1ª Corintios 2:10), el hombre natural no puede conocerlo, porque solo se puede discernir por el espíritu, o la nueva naturaleza en nosotros, creada e iluminada por el Espíritu Santo. Esto es conclusivo en cuanto al carácter, poder, inclinación y condición del “hombre natural”; que significa el hombre por naturaleza, en cuanto a ser nacido en el mundo. Después posteriormente, se le llama:

3. “EL VIEJO HOMBRE.” ¿Y qué nos dice sobre él? De él, se nos dice que esta “viciado conforme a los deseos engañosos” (Efesios 4:22). El viejo hombre está lleno de deseos o vicios. Estos deseos que tiene son engañosos y mentirosos. En todas las cosas son opuestos a Dios, contrarios a Su Espíritu, y Su Palabra, y a la nueva naturaleza, que es el espíritu, cuando se implanta dentro nuestro. En este respecto, se le denomina:

4. “EL HOMBRE EXTERIOR”. Es aquello que en él se ve, y que perece, su envejecimiento o desgaste (2ª Cor.4:16), y esto es “día a día”. Esto nos dice que entre tanto que estamos en la carne, debemos soportar esta “carga”: y que ninguna ordenanza conectada con aquello que perece, puede tener provecho alguno en aquel ámbito donde todo es, y debe ser espiritual; es decir, del Espíritu.

5. “EL CORAZÓN”, esto es, el corazón natural, que es “engañoso más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9), tan mentiroso que está constantemente engañando y traicionándonos: tan mentiroso que nadie sino solo Dios puede conocerlo. El Señor Jesús tiene varias “enseñanzas acerca del corazón” del hombre natural en Mateo 15:19. “Del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias.”

Bien pueden las Iglesias hablar acerca de “un cambio de corazón”; sin embargo, jamás se modifica. Se nos debe dar un “nuevo corazón”. Bien pueden hablar acerca del mejoramiento del corazón del hombre: sin embargo el viejo corazón no podrá nunca ser mejorado; y el corazón nuevo no precisa de mejoría alguna. Los espiritistas y teo sofistas bien pueden hablar acerca de “la parte divina del hombre”; y enseñar cómo esta “antigua idea Oriental, la cuna de todas las filosofías, se está introduciendo en las religiones del Occidente”. Este es un hecho real: pero es una mentira de Satán, que se levanta contra la verdad de Dios. Hasta el propio hombre se ve compungido a confesar y admitirlo algunas veces; y reconoce que todos sus esfuerzos en mejorar “el corazón” del hombre acaban fracasando y son en vano.

Otro de los nombres que se le da a la vieja naturaleza en la Palabra de Dios es:

6. “LA MENTE CARNAL.” Este aspecto de la vieja naturaleza es aun más serio que los demás. Los demás relatan más bien a los actos, y condiciones, y carácter; pero este aspecto relata o respecta a los pensamientos; a las actividades mentales, y razonamientos e imaginaciones del hombre natural (Romanos 8:7). La evidencia de que son opuestos a los pensamientos de Dios es manifiesta hace ya mucho tiempo. “Todo designio de su corazón era de continuo solo el mal” (Gén. 6:5). Y Dios ha declarado, hablando de esta misma mente de la carne, que “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son Mis caminos” (Isaías 4:8). “La mente carnal” significa, como se muestra en Romanos 8:7, “los designios carnales” (*phronema sarkos*), como se denomina en el Artículo noveno de la Iglesia de Inglaterra, el cual declara que “El pecado Original no se imputa solo a Adán (como los Pelagianos dicen vanamente); sino que es la falla y corrupción de la naturaleza de cada hombre engendrado naturalmente de la fuente de Adán; por lo cual el hombre está muy lejos de la justicia original, y es, de por sí, en su natura, inclinado para el mal, así que siempre lucha y se opone al espíritu; por eso cada persona nacida en este mundo es merecedora de la ira y maldición de Dios. Y esa infección de la naturaleza permanece activa, si, en aquellos que son regenerados; de donde se deduce que los deseos de la carne denominados en griego *phronema sarkos* que se manifiestan en toda su sabiduría, sensualidad, afección y deseos ardientes, no se sujetan a la Ley de Dios...” El Artículo noveno concuerda por tanto con la declaración categórica de la Palabra de Dios, la cual declara (Rom.8:7, 8) que esta “mente carnal” es “Enemiga de Dios.” No se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede”. Y además, “no puede agradar a Dios”.

La “mente” es la fuente de los pensamientos: y los pensamientos son la fuente de los actos. “La mente carnal”, por tanto, es aquella parte de la carne que piensa – y sus pensamientos son siempre contrarios a Dios, como las resumidas palabras del Artículo (enunciado arriba), “la naturaleza de pecado”.

Esto nos lleva al último de los nombres dados a la vieja naturaleza en la Escritura.

7. “PECADO”. Debemos hacer la distinción entre “pecado”, y “pecados.” “Pecado” es la raíz, “pecados” son los frutos. En Romanos, desde 1:16 hasta el cap. 5:11, es considerado “pecados” como lo que sale o proviene de la vieja naturaleza, con lo que trata; y se nos muestra cómo se ponen de lado, y cómo Dios puede ser justo, y al mismo tiempo ser Justificador del pecador que es salvo en el principio de la fe en vez del principio de la ley. Desde Romanos 5:12 hasta 8:39, es “Pecado” con lo que trata: la vieja naturaleza. Porque, aunque el pecador sea justificado en Cristo, aún se halla bajo las acciones de la vieja naturaleza, y experimenta el conflicto entre esta y la nueva naturaleza. El objetivo de esta sección es enseñarnos que aunque todavía veamos los frutos, tenemos que aun así considerar el viejo árbol como estando muerto, y reconocer que morimos en Cristo. Ningún cambio ha tenido lugar, no ha cambiado nada. La raíz todavía permanece. Lo que cambia es nuestra posición delante de Dios. Ahora nos mantenemos en un plano diferente: “andamos por fe”; y por fe reconocemos que, aunque la carne está vigente en nosotros, nosotros no estamos ya “en la carne”; y, a pesar de los frutos que veamos de vez en cuando, nosotros creemos aun así a Dios cuando Él nos dice que el árbol, se halla a Sus ojos, condenado. Un nuevo injerto le ha sido puesto, que solamente puede producir “frutos para Dios”; mientras que todo lo que producía el viejo tronco (antes de ser injertado) no tiene provecho alguno, y

está cortado por las manos del gran Jardinero. Nosotros somos Sus “administradores”. Él injertó en nosotros la nueva naturaleza; y nosotros le creemos a Él cuando nos cuenta todas las maravillas de la obra que Él ha producido.

CAPÍTULO 2

EL CARÁCTER Y FIN DE LA VIEJA NATURALEZA

Habiendo considerado los varios nombres dados a la vieja naturaleza en la Escritura, ahora vamos a ver lo que dice acerca de la naturaleza en sí misma, y su fin.

La primera cosa que aprendemos es: 1. No puede ser modificada. “Lo que es nacido (o engendrado) de la carne, carne es”, y permanece siendo carne. Ningún poder conocido puede alterarla o modificarla en espíritu. Los hombres hablan acerca de un cambio de naturaleza; pero son solamente habladorías. No alteran el hecho. Los hombres no se cansan en sus esfuerzos para mejorarse; pero no recogen sino amargos fracasos y malas sorpresas: son incluso un ejemplo, exhibiendo el hecho de que ni la educación ni la religión pueden alterar la vieja naturaleza, ni es capaz de infundirle u originar una nueva. La carne puede ser altamente cultivada. Existen los “deseos refinados de la mente”, así como también los bajos “deseos de la carne” (Efesios 2:3): Ambos son igualmente “vergonzosos” (Efesios 5:13) para Dios; e igualmente están bajo Su “ira” (Efesios 5:3). La carne puede llegar a ser muy religiosa. De hecho, las dos cosas se compaginan muy bien y van juntas: porque la religión consiste de ordenanzas, ritos, y ceremonias. Se fundamenta en comida y en bebida. Se estriba en votos, y plegarias y jerarquías. Todo eso es externo, y proviene de carne. Todo eso es lo que reside en los poderes de la carne. Puede que observe los días, y las fiestas y los ayunos (Colosenses 2:16, 20, 21; Romanos 14:5, 6), que se revele también en “Reglas diarias para practicar”; que se deleite en “ordenanzas”. Pero todo eso a lo único que ministra o sirve es a la carne; y, la carne religiosa “tiende” a esas cosas, tal como la irreligiosa “tiende” a los vicios. Este es el peligro de cualquiera de los denominados servicios religiosos en los cuales no hay nada más que ministraciones para la carne, o donde lo que proveen es hecho a través de la carne: Música encantadora, historias conmovedoras y chistes, promesas fervientes...todo eso pueden hacer los llamados “convertidos”: pero los fieles no pueden guardar lo prometido. Eso es por lo que hay un profundo empeño manifiesto acerca de cuantos de los tales “convertidos” podrán “permanecer” así. Pueden ellos permanecer así durante semanas, o meses, o años; pero nunca podrán permanecer eternamente.

Todas estas cosas externas “perecen con el uso” (Colosenses 2:22). Son nacidas de la carne. Solamente “lo que es nacido (o engendrado) del Espíritu es espíritu” (Juan 3:6). “Todo lo que Dios hace será perpetuo” (Eclesiastés 3:14); y: “Toda planta que mi Padre celestial no plantó, será desarraigada” (Mateo 15:13). Esas palabras las dirigió el Señor hablándoles a los que su religión era de la carne, y consistente en lavamientos de vasos y hacer largas oraciones; para aquellos que honraban a Dios con sus labios, y suponían que el hombre se contaminaba por “lo que entra en la boca” (15:11). Fueron dichas concernientes a los “Escribas y Fariseos, que estaban en Jerusalén”, el lugar de las observancias religiosas (15:1): y son dichas hoy en día para todos los que “enseñan como doctrinas los mandamientos de hombres” (15:9); que hacen a los hombres ser religiosos operando dentro de ellos en los sentimientos de la carne: y procurando hacerlos santos por ordenanzas tales como “No manejes, ni gustes, ni aun toques” (Colosenses 2:21): y que tienen más en cuenta

“lo que entra por la boca” (Mateo 15:11), que “lo que sale de sus corazones”; engañándose así y pensando que lo que entra tendrá un super poder espiritual, con el cual podrán influenciar lo que sale del corazón. ¡Pero no! La naturaleza del viejo hombre no puede ser modificada. “No se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede”. Esto asienta todo el asunto de una vez por todas, para los que se sujetan a la Palabra de Dios en Romanos 8:7.

Una vez que nos damos cuenta de este hecho, se hace imposible que oremos diciendo “Haz limpio nuestro corazón”; porque la cuestión que se levanta es esta, ¿Cuál corazón? ¿El viejo, o el nuevo? Si es el viejo, no puede ser limpio. Si es el nuevo, no precisa de limpieza alguna. Bien pudo David decir “Crea en mí un corazón limpio, Oh Dios”: pero eso es algo muy distinto. Un nuevo corazón creado es lo contrario de hacer limpio el viejo corazón. Este simple hecho y la verdad de la Palabra de Dios es un hacha puesta a la raíz de todas las modernas enseñanzas del “limpio corazón” de aquellos quienes, pensando ser justificados por la gracia, están procurando santificarse por las obras. Todos estos vienen a ponerse bajo la reprensión de Gálatas 3:3, “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el espíritu (o la nueva naturaleza), ahora vais a acabar (o perfeccionaros a vosotros mismos) por la carne?” Es la gran doctrina de las dos naturalezas en el hijo de Dios la que corrige todas estas enseñanzas de hoy en día, que llevan a muchos a los conflictos del alma. En vez de ver, en el conflicto que se lamentan, el suelo firme del todo asegurado, lo que procuran es tener las riendas de todo por vía de intentar cumplir aquello que es absolutamente imposible, por limpiar y mejorar la vieja naturaleza. Sobre todas estas enseñanzas, y todos estos esfuerzos, repican las campanas de la solemne sentencia: “NI TAMPOCO PUEDEN.”

La segunda cosa que aprendemos es que la vieja naturaleza tiene solamente un fin:

2. ¡Su fin es la muerte! La carne, y todo lo que le pertenezca, es religión e idolatría. Su virtud y su vicio, todo acaba en muerte. Todo es temporal, y no por eternidad. “Todo muere en Adán” (1ª Corintios 15:22). “La mente de la carne es muerte” (Romanos 8:6). Estando en conexión con el cuerpo, se le denomina “este cuerpo de (o reservado para) muerte” (Romanos 7:24). Nada sino la muerte puede ser el fin de todo lo que sea de la carne. Es nacido de la carne. El “primer Adán” fue hecho del polvo de la tierra, y al polvo “retornarán” todos sus descendientes (Génesis 3:19).

El tercer hecho se desprende del segundo es que:

3. “Aquel que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8). Todo esfuerzo por mejorar la carne, toda las provisiones que se quieran hacer para la carne, todas las ordenanzas ligadas con la carne, todo eso acabará en corrupción y muerte: Todas esas cosas “perecen con el uso” (Colosenses 2:22). Pero nuestro objetivo tiene un lado más feliz y bendito. Existe algo llamado la nueva naturaleza, como veremos en nuestro próximo capítulo.

CAPÍTULO 3

LOS NOMBRES Y LAS CARACTERÍSTICAS DE LA NUEVA NATURALEZA

Es un gran y bendito hecho que en los hijos de Dios haya algo Divino al mismo tiempo que humano; algo engendrado por Dios así como por el hombre. Tenemos “espíritu” como también “carne”. “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6). Esta nueva naturaleza posee, igual que la vieja, variados nombres.

Los nombres de ambas naturaleza, se mantienen en contraste y oposición los unos a los otros.

1. Se le denomina “ESPÍRITU”. Este espíritu se mantiene en contraste, y oposición a, la “carne”, el título de la vieja naturaleza, y se le denomina así porque es nacido o engendrado del Espíritu Santo (3:6). Como “carne” que somos, participamos de la naturaleza de Adán, siendo descendientes de él: de igual manera somos también participantes de la naturaleza del Espíritu Santo en el espíritu, al haber sido nacidos de *ek tou pneumatos*.

2. Por eso esta nueva naturaleza, siendo Divina en su origen, se le denomina *theia phusis*, NATURALEZA DIVINA (2ª Pedro 1:4). Eso es por lo que se dice de ella ser “perfecta”, e incapaz de cometer pecado 1ª Juan 3:9, “Todo aquel que es engendrado de Dios, no produce o comete pecado (en sus frutos), porque su simiente (la nueva naturaleza) permanece en él: y él (el nuevo hombre) no puede pecar, porque es nacido de Dios”. 1ª Juan 5:18, 19. “Nosotros sabemos que todo aquel que es nacido de Dios no comete pecado; porque ese (es decir, el nuevo hombre) ha sido generado por Dios, por Él es guardado, y el mal no puede tocarlo. Nosotros sabemos (como un hecho adquirido) que somos de Dios; y, que todo el mundo permanece en (el poder del) maligno”. La nueva naturaleza se personifica y declara en el género masculino. No se puede referir al creyente en su totalidad, porque, si decimos que “no tenemos pecado, hacemos de Dios un mentiroso, y Su Palabra no mora en nosotros” (1ª Juan 1:10): y nuestros pecados se tratan en 1ª Juan 2:1, 2. Sin embargo la nueva naturaleza es nacida de Dios y no comete pecado, y no permanece en (el poder del) maligno. La nueva naturaleza, por tanto, siendo “espíritu”, y habiendo sido engendrada o producida en el creyente por el poder del Espíritu Santo, es Divina. Por eso se le denomina:

3. EL NUEVO HOMBRE (Efesios 4:24; Colosenses 3:10). Este se halla en contraste con “el viejo hombre”, el cual, como ya hemos visto, es uno de los títulos de la vieja naturaleza. Este ahora, siendo totalmente nuevo, se le denomina “una nueva creación” (2ª Corintios 5:17; Gálatas 6:15). Y se dice ser “de acuerdo a la imagen de Aquel que lo creó” (Colosenses 3:10). Nada excepto esto sirve o aprovecha ante el punto de vista Dios. Independientemente de lo que puedan los hombres “hacer para pulir la carne”, “para nada provecha” (Juan 6:63); “porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gálatas 6:15; Colosenses 3:10, 11). En esta conexión la nueva naturaleza se denomina:

4. “EL HOMBRE INTERIOR” (Romanos 7:22; 2ª Corintios 4:16, Efesios 3:16). Este título está en contraste con “el hombre exterior” que envejece y se desgasta día tras día, mientras que el “hombre interior” se renueva de día en día”. En vez de envejecer y desgastarse, está constantemente a ser nutrido y renovado día tras día con la gracia y el fortalecimiento suplido por el Espíritu Santo; así es el Cristo que mora en nuestros corazones por la fe sola (Efesios 3:16); y tenemos que llegar a conocer algunas cosas de Su amor que sobrepasa al conocimiento, porque son cosas que están repletas con toda la plenitud de Dios (5:19). Esto es lo que explica y expone Efesios 1:23; y muestra cómo la iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, es “la plenitud de Aquel que todo (en todos los miembros de Su Cuerpo), lo llena en todo (toda necesidad espiritual de gracia y fortaleza)”. El hombre interior se deleita en la ley de Dios (Romanos 7:22). El otro “no se sujeta a la ley de Dios (ni puede)” Romanos 8:7. Por tanto, el conflicto, debe permanecer hasta que la muerte acabe con la contienda. Esta fue la causa de que el Apóstol Pablo (y todos los que tienen una fe igualmente preciosa) clamase lamentándose “Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” Aquí el “cuerpo de muerte” es “el cuerpo reservado para la muerte” (Romanos 5:12; Hebreos 9:27): y el clamor es este, ¿Quién me librará de él?” y la triunfante respuesta esta, “Gracias le doy a Dios (que me libró) a través de Jesucristo nuestro Señor” (Romanos 7:24). Este próximo versículo nos ofrece otro de los títulos:

5: LA MENTE (Romanos 7:23, 25). La palabra que se usa aquí para “la mente” es *nous* (11) y denota la nueva naturaleza, al igual que en el cap. 7:23, 25. Se utiliza en contraste con la “carne” (siendo como es “espíritu”), porque denota lo que se halla en el interior e invisible. Esta “mente” sirve a la ley de Dios (cap.7:25) y en ella se deleita día y noche (5:22). Es por eso que “la ley de la mente” se inclina para “la ley de Dios” en el vers. 23.

6. Otro de los títulos es *pneuma-Christou*, espíritu de Cristo, o Cristo-espíritu (Romanos 8:9). En el griego no tiene el artículo. Este no es otro de los nombres para el Espíritu Santo. Ni tampoco es un espíritu separado, distinto del Espíritu Santo, porque el “espíritu de Cristo”, como hombre, fue psicológico; y fue, como tal, encomendado al Padre en la hora de su muerte (Lucas 23:46). No existe otro espíritu de Cristo. (12) Sino que este *pneuma Christou* es la nueva criatura que nos hace ser “hijos de Dios” al igual que él es “el Hijo de Dios”. En Gálatas tenemos más instrucciones concernientes a la enseñanza de Romanos; y en Gálatas 4:6 tenemos la explicación de Romanos 8:15 “porque vosotros sois hijos, Dios ha puesto el *pneuma* de Su Hijo en vuestros corazones, cuyo clamor es Abba, es decir, Padre mío.” Así pues, *pneuma Christou* se emplea como otro de los nombres para el “espíritu de filiación” que tenemos en Romanos 8:15: no “el espíritu de adopción” como dicen muchas versiones, sino un “espíritu de filiación”, *pneuma othesias*. Así, pues, la nueva creación en nosotros se denomina *pneuma Christou*, debido a que “el Espíritu Santo Mismo le da testimonio a nuestro espíritu (o nueva naturaleza) de que somos hijos de Dios; y, si hijos, entonces también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:16, 17). Por eso podemos verdaderamente decir: “Si alguno no tiene el *pneuma Christou* (o la nueva naturaleza) no es de Él” (Romanos 8:9). Porque Cristo es el hijo de Dios, y todos los hijos de Dios poseen el mismo don precioso del “espíritu de filiación”. Eso es por lo que se denomina *pneuma Christou*, o Cristo-espíritu. Al ser hijos de Dios, con Cristo, también somos “herederos; no solamente herederos de Dios, sino coherederos con Cristo; si es que soportamos juntamente con él, para que juntamente con él seamos

glorificados” (Romanos 8:17). Esta es la verdad preciosa que contiene este nombre dado a la nueva naturaleza. Se denomina *pneuma-Cristou*, porque es el signo y distintivo de que es el espíritu de Cristo, y por tanto un espíritu de filiación; porque “A los que conoció también los predestinó (para ser) conforme a la imagen de Su Hijo, para que él pueda ser el Primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). ¡Oh Dios mío! Qué bendita porción es la nuestra como “hijos de Dios” que somos. ¿Nos hemos dado cuenta de que *pneuma-Christou* (o la nueva naturaleza) marca o señala nuestro derecho a este título tan alto, que no somos meros siervos sino hijos; No simplemente pueblo de Dios, sino los “hijos de Dios”? ¡Sí! Copartícipes de Su filiación (Juan 1:12; 1ª Juan 3:1-3). De su perfecta justicia (Filipenses 3:9). De su santificación (1ª Corintios 1:30). De su paz (Filipenses 4:7). De su propósito secreto del Padre (Efesios 1:9). Del amor de Su Padre (1ª Juan 3:1). De su glorioso cuerpo resucitado (Filipenses 3:21). De su gloriosa venida (Romanos 8:17; Colosenses 3:4; 1ª Juan 3:2). De él mismo (1ª Tesalonicenses 4:17).

“Así que amado, muy amado de Dios,

Más queridos no podemos ya ser;

Pues en la persona de Su Hijo

Somos tan queridos como él es.”

Y todo esto gracias a que Dios ha creado dentro de nosotros una nueva naturaleza, a la cual Él denomina *pneuma-Christou*. Pero, al mismo tiempo, aquí en la tierra, es nuestro privilegio compartir su repudio, “El mundo no nos conoce porque tampoco lo conoció a él” (1ª Juan 3:1). No desesperemos o nos desanimemos con esto. Sino más bien regocijémonos de que seamos contados por dignos de tan alta y digna posición. Es precisamente en conexión con este mismo hecho (ser repudiados) que viene el reconocimiento de la fe y esperanza y amor. “Pues tengo por cierto (reconozco) que las aflicciones del tiempo presente - no son comparables - con la gloria venidera que – ha - de - manifestarse en nosotros”. (Romanos 8:18). Este orden de las palabras griegas nos muestra dónde debe ser puesto el énfasis, aunque las versiones comunes las traduzcan más suavemente. El hecho de que seamos repudiados por un mundo religioso, y por una iglesia mundana, debe ser nuestra insignia bendita de que somos hijos de Dios, y por tanto participantes del espíritu de Cristo, o la nueva naturaleza, la cual es don de Dios.

Es en este mismo versículo (Romanos 8:9), y en conexión con este nombre para la nueva naturaleza, que se le da otro nombre. Se le denomina:

(7) *Pneuma-theou*, o espíritu Divino (Romanos 8:9,14). En griego es literalmente “espíritu de Dios”. No “el Espíritu” (porque no lleva artículo), sino “espíritu de Dios”; o, como lo hemos traducido, Divino espíritu. Las dos ocurrencias de esta expresión en este capítulo nos dicen todo lo que podemos saber acerca de este aspecto de la nueva naturaleza. Se denomina así porque, la idea que se asocia de ella es que, es proveniencia de Dios. Dios es el Creador y Donador de la nueva naturaleza.

Es “nueva” en contraste con la “vieja”. Es “espíritu” porque se encuentra en oposición a la “carne”. Es “mente” en contraste con el “cuerpo”. Es *pneuma-Christou* o espíritu de filiación, en oposición al espíritu de esclavitud. Y es *pneuma-Theou* o espíritu Divino, debido a su proveniencia de lo alto, de Dios; y es generada “no de sangre ni de voluntad de carne alguna, ni de voluntad de hombre alguno, sino de Dios” (Juan 1:13).

Aquellos, que son engendrados así, son, y tienen el derecho a ser llamados “hijos de Dios”. Los dos versículos en Romanos 8, en los que se emplea este título de la nueva naturaleza, nos dicen todo lo que podemos saber acerca de este aspecto suyo: Versículo 9, “Vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si de hecho el *pneuma-Theou* habita en vosotros.” (Tal y como en Juan 1:12, 13). Este completa los títulos de la nueva naturaleza; y de ellos aprendemos las preciosas enseñanzas reveladas que contienen. Cada uno de los títulos de la nueva naturaleza tiene su particular aspecto, y refleja alguna particular enseñanza asociada consigo. Así como primeramente dimos los títulos y características del viejo hombre, y con ellos su carácter y fin; así ahora hemos dado los títulos y características de la nueva naturaleza, y reservamos nuestros comentarios sobre su carácter y final para nuestro próximo capítulo.

CAPÍTULO 4

EL CARÁCTER Y EL FIN DE LA NUEVA NATURALEZA

Ahora estamos en una posición que nos permite considerar lo que se nos enseña en cuanto a la nueva naturaleza en sí misma. Hemos visto sus varios títulos y características; y ahora deseamos aprender lo que dice acerca de su carácter y fin.

1. NO PUEDE SER MODIFICADA.

En este respecto es igual que la vieja naturaleza: Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”, y permanece siendo espíritu (Juan 3:6). Ningún poder conocido podrá jamás cambiarla o modificar en carne; o alterar sus características. Es divino en su origen, y perfecto en su naturaleza (1ª Juan 3:9; 5:18). Su origen es el Espíritu de Dios (6:63). Su instrumento es la Palabra de Dios (1ª Pedro 1:22, 23; Juan 6:63). No se altera o afecta por ningún tipo de fragilidad, enfermedad, o pecado de la carne. A través suyo somos hechos hijos de Dios; y es el emblema nuestro de que Dios es nuestro Padre. El don de la nueva naturaleza, o espíritu, es denominado nuestro “sello”, que se hace nuestro por convicción o creencia (13) (Efesios 1:13). Una vez que verdaderamente aprendemos y creemos este hecho bendito pasa a ser muy difícil, si no imposible, que oremos así: “no quites de nosotros Tu Santo Espíritu.” (14) ¡No! Dios no puede quitarnos a Sus hijos ese nuevo espíritu que ha puesto dentro de nosotros: porque “tanto los dones como el llamamiento de Dios son irrevocables” (Romanos 11:29). Si Israel, aunque cortado (no echado fuera) durante un cierto tiempo, “son amados por causa de los padres” (Romanos 11:28), los hijos de Dios son amados por causa de Sí Mismo. Porque, como está escrito en Romanos 8:30: “A los que Dios predestinó (para ser conforme a la imagen de Su Hijo, 5:29) a estos también llamó: y a los que llamó Dios, también los justificó: y a los que justificó, también Dios los glorificó”. La Gracia nos asegura la gloria: porque “el Señor da gracia y paz” (Salmos 84:11). Si el Señor da la gracia estamos ciertos que también nos dará la gloria. Debe ser así. Dios no nos ha hecho “perfectos en Cristo Jesús” (Colosenses 1:28) para después juzgarnos “imperfectos”. No hizo que Cristo fuese nuestra justificación y santificación (1ª Corintios 1:30) y después se volvió atrás y deshizo Su propia obra.

Si es que estamos “completos” en Cristo (Colosenses 2:10), no podemos llegar a estar incompletos. Dios no reniega o se olvida de la obra de Sus propias manos (Salmos 138:8). Este misterio, o secreto fue “ordenado por Dios delante del mundo”: y de él se declara haber sido “predestinado antes de los siglos para nuestra gloria” (1ª Corintios 2:7). Podemos estar plenamente seguros por tanto que Su propósito no puede y no pretende acabar en fracaso; y que acabará en “nuestra gloria”. La nueva naturaleza, dada por la pura gracia de Dios, acabará necesariamente en la gloria eterna de Dios. Proviene de Dios, y debe volver a Dios. Esta nueva naturaleza no puede perderse – ¡No!, ni aun por el pecado: porque incluso esta contingencia está prevista en 1ª Juan 2:1, 2. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo, y él es (y permanece siendo) la propiciación por nuestros pecados”. Es en esta conexión, con el pecado, que se nos recuerda que Dios aun sigue siendo nuestro “Padre”; y que aun seguimos siendo Sus hijos: que nuestra comunión no se quiebra por eso. ¿Y si alguien peca? ¿Qué es lo que ocurre? En ese caso no se nos dice lo que somos, sino lo que Cristo es. No se nos recuerda lo que

hayamos hecho, sino lo que él hizo. No se nos dirige hacia nosotros mismos y nuestra confesión, sino que se nos dirige a Cristo y su posición. Nuestros pensamientos no se ocupan con nuestra humillación, sino con la “propiciación” de Cristo: y así sucede siempre delante del Padre; porque allí es donde está Cristo, y allí estamos también nosotros en Cristo. Nuestra confesión la realizamos de una vez por todas cuando, por gracia, tomamos el lugar del pecador perdido (1ª Juan 1:9); y cuando nos depositamos en las manos de Cristo por la fe, como siendo la ofrenda del pecado, él se apropió de nosotros los pecadores perdidos. Y entonces fuimos “sellados” (en esta creencia); y nuestra condición y posición delante de Dios fue asegurada y confirmada por el don de la nueva naturaleza. Tan asegurada se halla nuestra posición en Cristo que dos Abogados, o Consoladores, se nos han adjudicado. La palabra es *Parakletos* y significa, uno llamado a estar de nuestro lado para socorro, confort, abogacía, o para cualquier cosa que vengamos a precisar. Aparece solamente en los escritos de Juan, y se traduce “Consolador” en su Evangelio, y “Abogado” en su Epístola.

Pero el hecho es que Cristo nos dice en el Evangelio que tenemos un Abogado (el Espíritu Santo) con nosotros, para que no pequéis: y el Espíritu Santo nos dice en la Epístola que tenemos otro Abogado (Jesucristo el justo) con el Padre, si hemos pecado. Así que todo está claro de antemano, previsto y cubierto o provisto; y nada puede echar fuera este maravilloso don de Dios. Dios nunca reclamará de vuelta Su don, ni quitará ese espíritu, o nueva naturaleza, que ha implantado en nosotros, Sus hijos, cuando fuimos sellados como Sus hijos.

2. La nueva naturaleza es “VIDA Y PAZ” (Romanos 8:6). El cuerpo muere (es decir, reconocido como muerto) por causa del pecado, pero el espíritu (o nueva naturaleza) vive a causa de la justicia. El don de la nueva naturaleza para los que han muerto en Cristo, son por tanto justificados en Su justicia, es “vida eterna”. Esta es precisamente la razón de por qué Jesucristo dijo, “Y no perecerán jamás, ni nadie los arrebatará de mi mano” (Juan 10:28). Esto se dice debido a que habían recibido el don de vida eterna. Así como el fin de la vieja naturaleza es “muerte”, de igual forma el fin de la nueva naturaleza es “vida”, -- “vida eterna” que no tiene fin. Por eso está escrito que, “aquel que siembra para su carne (la vieja naturaleza) de la carne segará corrupción: pero aquel que siembra para el espíritu (o nueva naturaleza) del *pneuma* segará vida eterna” (Gálatas 6:8). Esto envuelve una tercera verdad, y hecho, en cuanto al fin de la nueva naturaleza, que será la más grande y el más bendito resultado de poseer este precioso don, esto es:

3. El resultado y final de la nueva naturaleza será en RAPTO o RESURRECCIÓN (Romanos 8:11). Porque, “Si el *pneuma* (es decir, el don del espíritu, o nueva naturaleza) de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por el *pneuma* (o espíritu: esto es, la nueva naturaleza) que habita en vosotros”.

Observe que, dos veces en este mismo versículo, se menciona la resurrección del Señor: primeramente, el hecho de su propia resurrección, como “Jesús” (el humilde, el humillado en la muerte); después, la doctrina de que fue levantado o ascendido en, o como “Cristo” el glorificado, la Cabeza del Cuerpo (1ª Corintios 12:12); Así también es necesario que se dé la resurrección de todos los miembros de este Cuerpo. Se debe precisamente a

que estos miembros posean “espíritu Divino” o *pneuma-Christou* (Romanos 8:9): que son reconocidos como habiendo sido ascendidos, cuando él, la Cabeza del cuerpo, ascendió. Eso es lo que significa conocer “el poder de su resurrección” (Filipenses 3:10). Y eso es algo muy diferente de lo que se enseña por tradición en el día de hoy. La posesión de esta nueva naturaleza, si tan solamente entendemos su contenido, es la certeza y segura garantía de que seremos realmente hechos de nuevo; y que este cuerpo mortal de nuestra humillación será transformado igual que el glorioso cuerpo del Cristo ascendido (Filipenses 3:21). No es de extrañar que aquellos quienes no entiendan la doctrina de las dos naturalezas, tampoco comprendan nada de la doctrina de la resurrección. No es de admirarse que sean engañados por falsas esperanzas, tanto de esta vida como de la venidera. En esta vida están poseídos por la falsa esperanza de mejorar aquello que no se puede mejorar, y en cuanto a la otra vida, posen la falsa esperanza de una gloria a parte de la resurrección, lo cual no podrá jamás realizarse. La una es una obra en vano; y la otra es una esperanza sin fundamento. Las dos juntas, hacen vana las seguras y ciertas palabras de la Escritura: porque, será cuando estemos “revestidos de aquella nuestra habitación (o cuerpo espiritual) celestial, que la mortalidad será absorbida por la vida” (2ª Corintios 5:2-4). Y, siendo en resurrección, no será hasta entonces, y por tanto, tampoco a la hora de la muerte, que “este (cuerpo) corruptible se vista de incorrupción, y este (cuerpo) mortal se vista de inmortalidad” (1ª Corintios 15:54).

Los tradicionalistas subvierten esta preciosa verdad; y nos aseguran que todo esto tiene lugar a la hora de la muerte. Así le privan a la doctrina concerniente a la nueva naturaleza de su gloriosa corona, que es la bendita esperanza de que Aquel Mismo que levantó a Cristo de los muertos, también levantará nuestros cuerpos mortales por el mismo espíritu que habita en nosotros (Romanos 8:11). Es así que la bendita esperanza tanto del rapto como de la resurrección se hace nula por decir prácticamente “que la resurrección ya se efectuó” en los que durmieron (2ª Timoteo 2:18). En vez del lenguaje Escritural ser suficiente para los propósitos de los modernos maestros, estos lo que hacen es recurrir al lenguaje de los paganos y espiritistas. Adoptan su terminología en vez de las seguras y ciertas palabras de Dios.

Así la palabra del hombre “pasar” (como pasar a una vida superior), se pone y se sustituye, por la palabra de la Escritura “duermen”. “No muerte” se pone en vez de la palabra de Dios “muerte”. Y una presente “transición” se pone en vez de una futura “traslación”.

“No hay muerte,

lo que si hay es transición.”

Estas falsas expresiones son provenientes del espiritismo, y las citas también las hacen los poetas unitarios platónicos; y ambas están en clara contradicción al lenguaje de la Palabra de Dios. Es lo que se denomina en la Escritura “adulterar la Palabra de Dios” (2ª Corintios 4:2). El texto que se usa es “él fue traspuesto, porque lo traspuso Dios” (Hebreos 11:5); y esto (en Génesis 5:24) se expone en otras palabras “y desapareció, porque le llevó Dios”. Pero estas palabras se emplean en la Escritura hablando de Enoc. Enoc fue tomado y trasladado (temporalmente)” eso es en realidad lo que dice Hebreos

11:5, porque hablando también de Enoc junto con la “nube de testigos” en Hebreos 11: 13 dice “conforme a la fe murieron todos estos”; y esta forma de decirlo en Génesis 5:24 lo confirma. Sin embargo estas palabras se usan hoy en día hablando de alguien que ha muerto. ¿Qué es esto sino negar del todo la resurrección; y decir prácticamente que (para los fallecidos al fin y al cabo) “la resurrección ya se ha producido? (2ª Timoteo 2:18). ¿Qué es esto sino las enseñanzas de aquellos cuyas palabras carcomen como gangrena...que se recrean pervirtiendo la verdad en error...y pervierten la fe”, no de algunos, sino de muchos?

Un eminente fisiólogo americano hizo una vez una declaración acerca del “artículo de la muerte” – una breve crítica suya en un semanario religioso acaba así:

“Un alma despierta para sí misma debe encontrar en la muerte o bien el momento de reencuentro con un juez, o el momento de correr hacia un Salvador. Eso puede que sea una vieja fábula, pero es una doctrina verdadera”. Si, es cierto, es “viejo”: tan viejo como Génesis 3:4; pero no es “verdadero”. Puede que sea una “doctrina”, y tal vez sea “teológica”, pero no es “Escritural”. La Escritura nos asegura (de una de estas dos clases cualquiera que sea) que “nosotros los que estemos vivos y permanezcamos (en el momento de la venida del Señor)", no precederemos a los “que durmieron” (1ª Tesalonicenses 4:15). Sin embargo, de acuerdo a la “doctrina vieja” anterior, nosotros precederemos a los que durmieron; porque así, sin resurrección, y sin raptó, “saldremos corriendo hacia el Señor”. Pero de acuerdo a esta enseñanza será por muerte, y no por estar vivo y permanecer hasta la venida del Señor. De acuerdo a la “doctrina” anterior, 1ª Tesalonicenses 4:15 debería haberse escrito:

“Nosotros que estamos vivos y permanecemos...seguiremos a los que ya nos han precedido”.

Sin embargo, así no está escrito. Y para aquellos quienes se contenten con las palabras de Dios continuarán aferrándose a “la bendita esperanza” y a “esperar de los cielos a Su Hijo” (1ª Tesalonicenses 1:10). Nosotros no cambiaremos esta “bendita esperanza” que Dios nos ha dado en Su Palabra, por esta esperanza falsa y sin fundamento; que fue concebida por el gran enemigo de la verdad; nacida en Babilonia; nutrida por la tradición; y sustentada por los religiosos de todas clases. Una falsa esperanza que es común a los idólatras paganos, a los espiritistas y a todo gran falso sistema de religión: pero que es desconocida para la cierta y segura Palabra de Dios. Bien dijo el Señor hablando de esta misma doctrina de Resurrección: “Erráis, ignorando las Escrituras, y el poder de Dios” (Mateo 22:29).

Esta es la conclusión, en 2ª Corintios 5:1-9 (que comienza con la palabra “porque”), de la declaración que se inicia en 2ª Corintios 4:14 con las palabras “sabiendo que Aquel que levantó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros”.

Este es el glorioso fin de la nueva naturaleza. Así como la vieja naturaleza acaba en muerte y corrupción, de igual forma la nueva naturaleza acabará en raptó o resurrección. Porque “la paga del pecado es muerte, pero el don de Dios es vida eterna, por Jesucristo

nuestro Señor” (Romanos 6:23). El primero es el juicio de Dios; el otro es la gracia de Dios. El uno es el “pago”; el otro el don de la “gracia”. Este don lo poseen, y lo disfrutarán, solamente aquellos a quienes les sea “ofrecido”. El Señor Jesús en Su última oración declaró que el Padre le había dado poder “para darles vida eterna a todos los que me diste” (Juan 17:2, 6, 9, 11, 24): porque está escrito: “Y este es el testimonio: que Dios nos dio vida eterna; y esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida (1ª Juan 5:11, 12). Estas palabras establecen una verdad Divina universal; y son verdad no solamente para la Iglesia, sino para todos aquellos a quienes este “don” les ha sido “dado”. Especialmente verdad, por tanto, para aquellos que están “en Cristo”, hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo.

CAPÍTULO 5

EL CONFLICTO ENTRE LAS DOS NATURALEZAS

Habiendo aprendido tantas cosas ya, separadamente, acerca de las características de las dos naturalezas, de Romanos 6:8 hemos de aprender ahora la experiencia y la doctrina sobre ellas, una vez que las dos existen juntas en la personalidad de cada uno. Esta doctrina se enseña claramente en Romanos 7. Todos y cada uno de los hijos de Dios tiene la experiencia, pero no todos Sus hijos conoce la doctrina. Esto no significa otra cosa sino perturbación, confusión, duda y ansiedad. Ningún descanso puede conocerse, ninguna paz se puede disfrutar a menos que aprendamos por nosotros mismos de la Palabra de Dios, cuál es Su propia explicación concerniente al conflicto entre las dos naturalezas. La experiencia de ese conflicto es confusión y desasosiego; y nada sino el conocimiento de la verdadera doctrina que le concierne puede removerlo; y, no solo lo remueve, sino que al mismo tiempo nos brinda la más grande garantía que podamos tener sobre la tierra de que somos hijos de Dios. La experiencia de este conflicto es la única cosa en la cual el verdadero hijo de Dios se diferencia del mero profesor religioso. Este último no sabe nada de ella; o del permanente sentido de corrupción interior que esta experiencia siempre crea. El hecho mismo, por tanto, de esta experiencia del conflicto, es la mejor, y de hecho, la única real garantía que tenemos de que somos “nacidos de Dios” (1 Juan 3:9); de que somos “Sus colaboradores” (Efesios 2:10); y de que Quien comenzó en nosotros la buena obra que Él lleva a cabo, la completará, y perfeccionará en nosotros (Filipenses 1:6). El correcto entendimiento de la doctrina concerniente a esta experiencia solo puede traernos paz y consuelo; y sin esa comprensión todo se vuelve un obstáculo, desasosiego, y confusión.

Es en esto que se forma el tema de Romanos 7; Veamos cómo se establece en la estructura general de la Epístola. Forma parte de un largo miembro que comienza en el cap. 5:12, y se extiende hasta el final del capítulo 8 (8:39). El tema principal es el pecado (o, la vieja naturaleza pecadora).

LA ESTRUCTURA DE ROMANOS 5:12—8:39.

A | 5:12-21. Condenación a muerte de muchos, a través de

| la desobediencia de uno: pero justicia y vida

| a través de la obediencia de uno: Jesucristo.

B | 6: 1-7:6. Y no estamos en pecado, habiendo muerto en Cristo.

B | 7:7-25. El pecado en nosotros, aun habiendo sido levantados con Cristo

A | 8:1--39. Condenación del pecado en la carne:

| pero ya no hay condenación en aquellos que tienen vida y

| justicia en Cristo Jesús.

Por la estructura de este pasaje vemos que el conflicto surge a través del pecado (esto es, la vieja naturaleza pecadora) que está en nosotros, aunque estemos levantados con Cristo. Este es el tema del capítulo 7, desde el séptimo versículo: (no de todo el capítulo). Los primeros seis versículos del capítulo 7, pertenecen al capítulo 6; y el objetivo en el miembro B (cap.6:1—7:6), es mostrarnos que ya no estamos en, o ya no nos reconocemos como estando debajo de, la condenación del pecado, una vez que morimos en Cristo.

El objetivo del cap. 7:1—6 es mostrarnos cómo el señorío de la ley solo puede ser ejercido durante la vida (5:1). La muerte nos libra de ese reclamo contra nosotros (5:2). Eso se ilustra con el caso de una mujer casada que legalmente puede volver a casarse si el marido muere (5:3). La conclusión es que nosotros que hemos muerto con Cristo (5:4), estamos por tanto libres de la ley y podemos unirnos a Cristo en una nueva esfera, o plano, del todo diferente – en la vida de resurrección (5:4); y, habiendo muerto con Cristo, somos totalmente hechos libres de la autoridad, y poder, y reclamamos de la ley.

Este último párrafo tal vez pueda exponerse en la siguiente estructura:

ROMANOS 7:1-6

C | 7:1. El Señorío de la Ley durante la vida.

D a | 2. La muerte liberta a la esposa de sus clamores.

b | 3. Resultado – Se une con otro marido.

D a | 4. Nuestra muerte en Cristo nos liberta de sus reclamos.

b | 4. Resultado - Unión con Cristo.

C | 5,6. Liberación del Señorío de la ley por muerte.

El camino está ahora claro para aprender que, aunque ya no estamos más en nuestros pecados, el pecado sin embargo está en nosotros; y, que desde el momento que la nueva naturaleza se implanta dentro de nosotros, se revela la presencia de la vieja naturaleza; y comienza el conflicto entre ambas. “Estas dos naturalezas son opuestas entre sí, para que no hagamos lo que queramos” (Gálatas 5:17). Las dos naturalezas por tanto viven así lado a lado en una misma personalidad. Como el injerto de un nuevo tipo de rosa en un ramo, o de una manzana en un manzano, es solamente un árbol; pero todo lo que aparece y proviene del injerto es un nuevo tipo de fruto, mientras que todo lo que proviene del viejo ramo, que no es del injerto, es de la vieja naturaleza del viejo árbol, y debe ser cuidadosa y continuamente cortado con las tijeras de podar. Solamente “la Palabra de Dios” puede hacer eso, nada más lo consigue. “Es poderosa para partir (o dividir, separar) el alma (es decir, lo que proviene del alma natural, la vieja naturaleza), y el espíritu (esto

es, la nueva naturaleza); y discierne (o juzga, y condena) los pensamientos y las intenciones del corazón (esto es, de la vieja naturaleza) (Hebreos 4:12).

Es del corazón (o vieja naturaleza) que provienen los malos pensamientos (Mateo 15:18-20). La Palabra de Dios es “capaz de juzgar” esos “pensamientos e intenciones” y nos capacita también a nosotros para juzgarlos y condenarlos; ¡sí! y nos capacita para discernir lo que provenga de la vieja, y lo que proviene y pertenece a la nueva naturaleza.

Así como las dos naturalezas se hallan en una misma persona, así también aquel “YO” en Romanos 7, se relaciona unas veces con una y otras con la otra. Por eso leemos (7:18) “Y yo sé (con toda seguridad por la Palabra de Dios) que en mí, estos es, en mi carne (mi vieja naturaleza) no mora el bien. Porque el querer (hacer) el bien está en mí, pero no (en la voluntad) el hacerlo. (19) Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. (20) Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. (21) Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. (22) Porque según el hombre interior (la nueva naturaleza) me deleito en la ley de Dios. (23) Pero veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente (o nueva naturaleza), y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”. Aquí tenemos la misma explícita declaración: que la nueva naturaleza (denominada el “hombre interior” y la “mente”) se deleita en la ley de Dios; y mientras tenemos, al mismo tiempo, la vieja naturaleza (denominada la “carne”) que se deleita en obedecer su propia ley, y lleva a cabo una constante batalla contra la nueva naturaleza. El resultado de su incesante lucha es el estado miserable que lleva al propio ego a clamar desesperado en el versículo a seguir: “¡Miserable de mí!” que literalmente se traduce así “¡Oh que miserable hombre soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de (o reservado para) muerte? (25) Gracias doy a Dios (que me libró) por Jesucristo Señor nuestro.” ¡Sí! Él es Quien liberta a todo aquel que tenga este conflicto, en la única manera posible: o bien por Muerte, Rapto, o Resurrección. Solamente en el Rapto o Resurrección va a ser la muerte “sorbida en victoria”. Entonces ya no lamentaremos diciendo, “¡Miserable de mí!”. Sino que irónicamente diremos “¡OH muerte, ¿dónde está ahora tu aguijón?! ¡Oh sepulcro, ¿dónde está ahora tu victoria!” Ese será el final de esta batalla. Bien podemos clamar diciendo “Gracias le doy a Dios, que me libró a través de Jesucristo”. Este es ahora nuestro paciente grito de victoria y de fe. Pero el tiempo se acerca y ya está a la mano cuando lo que gritemos sea, “Gracias sean dadas a Dios, que nos otorgó la victoria a través de nuestro Señor Jesucristo (1ª Corintios 15:54-57).

En vista de esta bendita esperanza, bien puede esta revelación terminar con la exhortación: “Así que, hermanos míos, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre.” No os dejéis mover por los varios episodios y experiencias del conflicto. Regocijaros en la presente garantía de la gracia en cuanto a nuestra perfección en Cristo Jesús; Regocijaros en la promesa de la futura victoria, cuando seamos transformados y hechos iguales a su glorioso cuerpo en gloria. Así seremos libres para conectarnos a la obra del Señor, ¡sí! “abundando” en ella. No intentando más con esfuerzos exterminar la enemistad, ni obtener alguna temporal victoria con la cual nos sobrepongamos a ella; sino mirando hacia delante a la gran victoria final que Él ha prometido “otorgarnos”.

Una cierta clase de enseñanza de una santidad moderna en esta esfera de verdad le roba toda su belleza y poder. Esta enseñanza se da cuenta y asume el hecho del conflicto en nuestro interior, pero nos embarca en la vana esperanza de mejorar o erradicar la vieja naturaleza. Siendo así, en el mejor de los casos, lo único que hace es que nos ocupemos en nosotros mismos, y mantenernos siendo ignorantes de lo que la Palabra de Dios nos asegura enfáticamente de que la vieja naturaleza, o la carne, nunca podrá ser cambiada en espíritu; y suponiéndose que pudiera, ¿Dónde va o termina? ¿Qué es lo que pasa a ser? Es solo “carne”; y nada puede acabar con la carga o el peso de la “carne” sino la muerte y resurrección, o rapto. No importa la cantidad de entrega o esfuerzo, o creencia que pongamos, porque nada puede tomar las riendas de “la carne”. Es nacida de la carne, y es carne. Es demasiado pesada. ¿Cómo podría ser erradicada? ¿Y erradicada de qué? Son este tipo de confusiones en las que nos metemos, en el momento que comenzamos a usar términos que no son de la Escritura, sino extraños a la Escritura; sin embargo, en se caso, el término “erradicación” no sería solamente extraño a la Escritura, sino contrario a la Escritura. La palabra de la Escritura es “liberación” y “victoria”, y eso, no victoria sobre los “pecados” como tal, sino sobre “el “pecado” en sí mismo, sobre su cuerpo reservado para muerte. Esta “liberación” solamente será experimentada en el rapto o resurrección. Somos liberados de nuestros “pecados” aquí, y ahora. Nuestra salvación a través de, y en, Cristo nos garantiza eso mismo. Es por eso que Él se entregó (Romanos 4:25). Así lo ha remitido Dios (Romanos 3:25). Eso es todo lo que ha sido perdonado y cubierto (Romanos 4:7; Colosenses. 2:13). Ya no estamos en nuestros traspasos y pecados. Es cierto que en un tiempo estuvimos así, como está escrito en Efesios 2:1--3 – Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que opera en los hijos de desobediencia (o incredulidad); entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos hijos de ira, lo mismo que los demás”: “porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia (o incredulidad) (Efesios 5:6). “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:13). Ahora ya no es una cuestión de “pecados”, sino de “pecado”.

NO ESTAMOS EN NUESTROS PECADOS; PERO EL “PECADO” ESTÁ EN NOSOTROS.

Este es el gran tema de Romanos 7; nosotros sentimos sus inclinaciones y tendencias y como nos conduce o arrastra al “pecado”; ¡sí! La vieja naturaleza se muestra y se manifiesta en toda su maldad debido a la presencia de la nueva. La nueva naturaleza parece perturbar la vieja, y hacerle oposición de forma muy amarga. Es como si el antiguo señorío se resintiese de la llegada del nuevo señorío. Hasta que el nuevo señorío derrame su bendita luz en el interior, no nos damos cuenta o vemos lo profundo que es el poder del viejo. Hay muchos que se quedan atónitos descubriendo en ellos mismos tendencias y deseos que nunca antes habían experimentado ni sabido que tuvieran. Simplemente cargaban consigo estos deseos “en otro tiempo”, estando “muertos” a todos los sentimientos de su verdadera naturaleza, y terrible carácter. Pero ahora, hay una nueva voluntad dirigiendo los miembros. Los miembros se hallaban bajo el entero dominio de la vieja voluntad: pero han sido absueltos de su sumisión y de obedecerla. La vieja voluntad

ya no tiene dominio sobre ellos (Romanos 6:14). La vieja voluntad se halla en nosotros, y todo lo que puede hacer es influenciar nuestros miembros; sin embargo, ya no es ella la que tiene el control.

El conflicto entre las dos naturalezas se puede comparar a un barco, en el cual ha sido puesto a bordo por su dueño un nuevo Capitán. El viejo capitán llevaba al mando del barco mucho tiempo, y el odio hacia su patrón llegó a ser tan grande, que trataba al barco como si fuese suyo; y mantenía a toda la tripulación en total esclavitud. La tripulación siempre le había estado sometida, sin haber conocido alguna autoridad diferente; ni entendía nunca lo que sería servir en verdadera libertad. Algo acerca de esa libertad habían escuchado de tiempos a tiempos. Habían visto otros barcos pasando a su lado y observado que la manera de servir de los miembros era muy diferente de la suya. Sin embargo, ahora que el nuevo Capitán se halla al mando, han comenzado a notar la diferencia. El nuevo Capitán, de ahí para adelante, posee el control del timón, el destino del barco y su carga. El barco es el mismo, la tripulación es la misma. Aun el viejo capitán se halla también a bordo todavía. El libro de instrucciones que trajo consigo el nuevo capitán dice que el viejo ha sido juzgado y condenado: pero la sentencia solo se llevará a cabo por las autoridades competentes, cuando el barco atraque en el puerto. No pueden ajusticiarlo en el barco ni echarle por la borda. Sin embargo, ya no es él quién “gobierna el timón ni conduce el barco”. De tiempo en tiempo intenta imponer su vieja influencia y retomar sus funciones, pero es en vano. ¡Sí! Es cierto que algunas veces se sale con la suya, y por veces consigue atraer para sí algunos miembros de la tribulación, porque los conoce muy bien y sabe por el tiempo que los tuvo bajo su mando cuáles son sus debilidades, y les lleva a cometer actos de insubordinación, de los cuales estos miembros después se avergüenzan y lamentan profundamente. Así les engaña de tiempo en tiempo. Sin embargo el viejo capitán no puede acceder a los escritos “planos de bordo”. Ahora están muy bien resguardados de él y a salvo, donde no alcanzan a tocarlos sus manos. No puede alterar el curso del barco; ni cambiar el puerto al que ahora se dirige. No puede leer el libro de instrucciones, y si lo abre no puede entenderlo (1ª Corint.2:14). En otro tiempo toda la tripulación del barco le servía de brazo ejecutor para sus órdenes, y habían llevado a cabo solamente su voluntad: pero ahora no hay más obligación de obedecer sus órdenes, ni de reconocer más su autoridad. Han sido de su tiranía librados; y de ahí para adelante se hallan bajo las órdenes del nuevo Comandante. Tienen que “reconocer” que el viejo capitán ya ha sido juzgado y condenado, y que la sentencia solo aguarda para ser llevada a cabo cuando lleguen al puerto. En cuanto al poder que ejercía sobre ellos, se reconocen a sí mismos tan inútiles “como muertos” en todo lo que a él concierna o respecta, y con todo lo que intentando disuadirlos les ordene.

Este es el argumento de Romanos 6:17-19. “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados. Y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad (de vuestra carne): que así (en otro tiempo) como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir (y operar) a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia (para operar santidad)”.

Nosotros por tanto no hemos solamente sido liberados de nuestros pecados, sino que también hemos sido hechos libres en esta línea, o tipo de doctrina, si hemos “aprendido a Cristo” (Efesios 4:20).

Pero la cuestión es esta, ¿hemos “aprendido así a Cristo”? y ¿hemos alcanzado a conocer la maravillosa liberación que hemos obtenido en y a través de él? Esta es la aplicación que el Apóstol hace de esta “línea de doctrina” dada en Romanos 6. Después de hablar de cómo “andan los demás gentiles”, que no conocen esta liberación, se dirige a estos santos de Éfeso y les dice (Efesios 4:20): “Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente (o nueva naturaleza), y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros” (Efesios 4:20-25).

Este pasaje habla de lo que habían hecho en consecuencia de haber recibido la nueva naturaleza. No les está diciendo lo que tenían que hacer. No les estaba diciendo que dejaran de lado al viejo hombre. Eso ya se había hecho. Les está recordando lo que habían “aprendido” de, o concerniente a Cristo, y de la bendita posición del creyente en relación al conflicto entre las dos naturalezas. Esta es la “verdad” que los miembros del cuerpo único tenían que compartir hablando los unos con los otros (vers.25). Tenemos que recordarnos los unos a los otros que el viejo hombre ha sido depuesto de sus dominios, y que hemos sido puestos bajo el dominio del nuevo hombre. Los modos y tiempos verbales en este pasaje deben ser cuidadosamente observados. Pues si no conocemos la doctrina de las dos naturalezas, vamos a ignorar el alcance completo o cuadro del pasaje. Y si no discernimos su alcance, no podremos comprender los modos y tiempos verbales. Todos se hallan en el pasado o pretérito infinitivo, y no el presente imperativo. No son mandamientos para que nosotros hagamos lo que ya ha sido hecho. A estos santos efesios no se les dijo aquí que “echasen fuera” o que “pusiesen” alguna cosa; sino que todo había ya sido hecho tanto para ellos como para nosotros por Dios, el único mandamiento es que “hablemos” que hablemos acerca de esta preciosa “verdad” con los demás miembros del cuerpo único. Y si hemos “aprendido así a Cristo” (es decir, al Cristo espiritual o místico) y “le hemos oído”, y “hemos sido por él enseñados”, eso es exactamente lo que haremos. No es eso lo que haremos si oímos a los hombres, y somos por ellos enseñados. El hombre nos enseñará y nos dirá como debemos pasar nuestras vidas intentando “poner de lado al viejo hombre”, y cómo debemos esforzarnos en “implantar el nuevo hombre”. Nos querrá poner debajo de esta vana labor y así traernos a una nueva clase esclavitud: mucho más maligna y peligrosa porque luce como si fuera una buena obra. Pero no deja de ser una esclavitud. No es la “verdad” que aprendimos en Cristo. No es “la línea de doctrina” sobre la cual hemos sido liberados. No hemos sido liberados de una esclavitud para llegar a estar debajo de otra; por muy plausible que pueda parecer.

Las doctrinas de los hombres o bien ignoran la doctrina de las dos naturalezas completamente, y se devotan a cumplir las reglas y reglamentos para controlar la vieja naturaleza (la única que él conoce): o entonces, cuando la doctrina se conoce, está viciada por no saber todo lo que “es enseñado por él” concerniente a nuestra presente liberación

del dominio del viejo hombre ahora, a través del reconocimiento de fe (Romanos 6:11); y la futura y perfecta liberación de él en resurrección (Romanos 7:24, 1ª Corintios. 15:57); Por eso, las enseñanzas de los hombres pervierten la bendita doctrina prometiéndonos que, si nosotros seguimos sus métodos y fórmulas podremos tener control de la vieja naturaleza por nuestros propios actos de “sometimiento”: y así prepara el camino para ignorarlo por completo, y prescindir de la única liberación que Dios ha prometido por medio del rapto o resurrección “a través de nuestro Señor Jesucristo”; por sustituir la muerte como nuestra esperanza. Eso es por lo que “esta bendita esperanza” de la venida del Señor ha sido desde hace tiempo olvidada o perdida para la mayor parte de los creyentes. Eso es por lo que “la esperanza de la Resurrección” ha sido suprimida por la tradicional doctrina de muerte babilónica, y por lo que un “estado intermedio” ha sido tan universalmente sustituido por la Palabra de Dios.

Hay responsabilidades, bajo las cuales la doctrina concerniente a las dos naturalezas nos coloca, y hay preceptos prácticos conectados con ambas naturalezas: pero estos se hallan en perfecta armonía con las grandes lecciones que aprendemos en la escuela de la gracia, donde la propia gracia es al mismo tiempo nuestro Salvador y nuestro Maestro (Tito 2:11-13).

CAPÍTULO 6

NUESTRAS RESPONSABILIDADES RESPECTO A LA VIEJA NATURALEZA

Hemos visto que, aunque las dos naturalezas residen lado a lado en la misma personalidad, está claro que tenemos ciertas responsabilidades con respecto a cada una de ellas, lejos y aparte de preceptos, reglas, reglamentos y “mandamientos de hombres”.

1. Nuestra primera responsabilidad es ACEPTAR LA ESTIMACIÓN QUE DIOS LE DA.

La Palabra de Dios no nos revela la doctrina sin darnos, además, la necesaria instrucción. La Santa Escritura es “provechosa para ambas cosas” (2ª Timoteo 3:16), de esta forma, con la “instrucción” podemos saber cómo hacer uso de la “doctrina”, y cómo conocer nuestras responsabilidades, y llevarlas a cabo para nuestro provecho y nuestra paz. Si reconocemos esto como nuestra primera responsabilidad, entonces reconoceremos que nuestra vieja naturaleza “murió con Cristo” (Romanos 6:11). No hay duda alguna en cuanto a lo que significa. El versículo comienza diciendo: “Así también vosotros.” ¿Así cómo? Los versículos anteriores nos dicen:

“Porque el que ha muerto ha sido (y es) justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos (de nuevo) con él: sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere, la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió de una vez por todas, más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Romanos 6:8-11).

Observe bien, no dice que tenemos que sentirnos como muertos; o que tengamos que realizarlo; sino que lo “consideremos” como siendo así bajo el punto de vista de Dios, como si fuese un hecho consumado. Estos cuatro versículos (Romanos 6:8-11) se añaden como una explicación e ilustración de la declaración del hecho en el versículo previo (6:6). “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él (Cristo).” Tenemos el mismo hecho relatado en Romanos 7:6: “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos”. Tenemos el mismo testimonio en Gálatas 2:20, donde el Apóstol resalta o enfatiza una importante, independiente y dogmática declaración utilizando la figura, epanadiplosis, que comienza y acaba la frase o declaración (en el griego) con la misma palabra “Cristo”; realzando así y señalando la declaración; distinguiéndola y llamando nuestra atención hacia ella, remarcándola. “(Con) Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas en mí vive Cristo”. Así es como el Apóstol “reconocía” que había muerto para la ley, porque si murió con Cristo entonces ha sido libertado de la ley. Su búsqueda, por lo tanto, después de eso, incluso para la justificación en o a través Cristo sería una negación práctica de ese gran hecho revelado que ya ha sido logrado. Aun así, es nuestro primer deber ser delimitado a tener en cuenta que estamos (en cuanto a la ley y todos sus derechos sobre nosotros) como muertos.

Esto no es una cuestión de sentimientos, sino de FE. Si nos guiamos por nuestros sentimientos nunca lo disfrutaremos. Nos corresponde "creer en Dios". "La fe es por el oír,

y el oír, por la palabra de Dios" (Rom. 10:17). Dios ha declarado este gran hecho en su Palabra (o nunca lo hubiéramos conocido), escuchamos la Palabra, la fe la cree, y se regocija en lo que oye y cree en Dios, más allá de la cuestión de cualquier sentimiento. Así que nuestra primera responsabilidad en cuanto a la vieja naturaleza es aceptar la estimación de Dios de la misma, y considerarla (como Él lo hace) como que ha muerto con Cristo cuando Él fue crucificado.

2. Nuestra siguiente responsabilidad es que hemos de CONSIDERARLA COMO ESTANDO MUERTA TANTO PARA LO QUE ES BUENO, ASÍ COMO PARA LO QUE ES MALO.

Cuando decimos "bueno", nos referimos, por supuesto, bueno para Dios, bueno a los ojos de Dios, bueno para la eternidad, bueno en la estimativa de Dios, bueno en relación a lo que Él busca y puede aceptar. A sus ojos, en la vieja naturaleza (como ya hemos visto) "no hay nada bueno". Así que cuando decimos que no hemos de cultivar el bien en él, no nos referimos a lo que el hombre llamaría "bueno", sino a lo que Dios considera como "bueno". Hemos de considerar la vieja naturaleza muerta en todas sus cosas buenas, así como en toda su maldad y de acabar con todas las expectativas de producir cualquier cosa para Dios proveniente de ella, ya que hablamos de, o estamos tratando con alguien que está realmente muerto y enterrado. Cuando Dios dice que está muerto, Él espera que nosotros creemos que está muerto, porque así dice Él que se encuentra. Dios espera que la demos por sepultada. En el hombre natural pueden encontrarse características naturales religiosas y características amables, y bien puede además cultivarlas. Pero el hijo de Dios no tiene necesidad de hacerlo, y no está o fue hecho, para cultivarlas. Porque, caminando de acuerdo con la nueva naturaleza, y guiado por ella, ¿qué necesidad habría de cultivar la carne? Guiados por ella, tenemos a Cristo en el lugar de la "religión"; nosotros tenemos "la mente de Cristo". Esta nueva vida es infinitamente superior a cualquier cosa que alguna vez pudiera producir cualquier intento de cultivar la vieja naturaleza. Esto nos conduce a...

3. Una tercera responsabilidad, que es la de "no proveáis para la carne" (Rom. 13:14),

Pero siempre debemos recordar que "la carne para nada aprovecha" (Juan 6:63). Esto es lo que el hombre llama "la enseñanza de Jesús", nuestro adorable Señor y Maestro. Pero aunque el hombre la llame así, él no lo quiere recibirla ni la poseerá. En cualquier caso, escogerá y elegirá la "enseñanza" que a él más le guste. Sin embargo, esto es lo que nuestro Señor enseñó: "la carne (o vieja naturaleza) para nada aprovecha". Si creemos en el punto de vista de Dios, nunca vamos a tratar de hacer, o forzarnos a hacer algo para Dios, ni tan siquiera en la forma de adoración o servicio, nunca vamos a intentar hacer algo para satisfacer la demanda de Dios por justicia. Debemos recordar que toda justicia del hombre es como "trapos de inmundicia" (Isaías 64:6). La carne puede ser muy religiosa. De hecho, es justamente esto lo que distingue a la "religión" del cristianismo. La religión tiene que ver únicamente con la carne. Todos sus ordenanzas son sobre, o relacionados con la carne. Son todas las cosas que la carne puede realizar. En Isaías 1, tenemos una imagen de lo que la "religión" consiste. Cuando nuestro Señor apareció en la tierra, esta exposición de la religión estaba en su pleno apogeo. Nunca hubo un cumplimiento mayor o más puntilloso de todas sus ordenanzas y ceremonias. Sin embargo, esas cosas no pueden dar paso a una

nueva naturaleza, o cambiar la vieja, lo demuestra el hecho de que fue la parte religiosa de la nación la que crucificase al Señor Jesús. Eso es en lo que una religión, incluso cuando fue administrada por Dios, culmina, cuando es pervertida y mal utilizada por la vieja naturaleza. Es a esto a lo que pasajes como estos se refieren: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros”. (1 Samuel 15:22). “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo”. (Santiago 1:27). Entonces, si se trata de una cuestión de religión, es decir, actos externos y observancias, pues, las obras de misericordia y bondad son más puras y mucho mejor que todos los actos externos religiosos de servicios y ceremonias; tales como inclinarse y arrodillarse, hacer travesías y rosarios, acercándose a Dios de labios, y observar de los días y guardando las fiestas.

Esta es la esencia del argumento en la Epístola a los Colosenses, que lo resume con esta pregunta: "Si habéis muerto con Cristo a los ordenanzas religiosas del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a ordenanzas, (‘tales como no tocar, o saborear, ni manejar’, si todas estas cosas se destruyen con el uso); siguiendo a los mandamientos y doctrinas de hombres?" (Colosenses 2:20-23). La carne puede entender y estar al servicio de estas ordenanzas, porque todas pertenecen a las "cosas terrenales", mientras que, "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:1-3). Así se nos enseña, como poseedores de la nueva naturaleza, a no proveer nada para la vieja naturaleza, a no nutrirla con el alimento que ardientemente desea, a no tratar de agradarla o complacerla, ni siquiera en lo que a la vista del hombre pueda parecer como "bueno".

La vieja naturaleza está llena de orgullo. Esto es por lo que esas reuniones y congregaciones están abarrotas donde la enseñanza es lo que se denomina "práctica", y a los oyentes se les dice que deben "hacer" esto o aquello (no es que necesariamente ellos piensen llevarla a cabo después que la oyen), pero aun así, esto es lo que gratifica a la vieja naturaleza del hombre religioso, y, a la vieja naturaleza en sí, incluso al hijo de Dios, le encanta escuchar "mandamiento tras mandamiento, precepto tras precepto". Pero, debemos permitir que Dios sea honrado y Cristo glorificado, Su Palabra magnificada y el hombre humillado, eso es lo que la vieja naturaleza nunca hará suyo. Estarán las iglesias y capillas desiertas donde ésta doctrina sea predicada, y donde la adoración sea realmente espiritual. Todo esto es odioso para la vieja naturaleza; y simplemente te dirá que le disgusta completamente. Pero, dónde haya provisión para él, donde haya un montón de música en el coro, y el "precepto tras precepto" en el púlpito, y ordenanzas mundanas en la sala de la parroquia, allí se encontrará él, con la multitud.

Hay más peligro para los hijos de Dios en las cosas que pertenecen a la “religión”, y en los deseos refinados de la mente carnal, de aquel que se haya en los bajos y vulgares “deseos de la carne”. El hijo de Dios no estará tan dispuesto, o tan fácilmente tomara tales provisiones para la carne. Su verdadera trampa se tiende cuando la provisión es hecha por

otros que no estén abiertamente asociados con vicios e irreligiosidad, modas mundanas o inmoralidad.

4. El quinto versículo de Colosenses 3 añade otra responsabilidad: “HACED MORIR, PUES, LO TERRENAL EN VOSOTROS” (Mortificad, pues, vuestros miembros que están en la tierra. (Traducción en la Versión inglesa) (Colosenses 3:5).

Esto nos suena extraño al principio, después de que se nos dijera repetidamente que estamos “muertos con Cristo”. Suena también a “práctica”. Sin embargo, para que una cosa sea práctica, debe ser practicable. Debe haber alguna cosa que podamos y estemos capacitados de hacer. La palabra “Haced morir” o “Mortificad” (en la versión en inglés) es *nekroo*, hacer morir; de ahí, tratar los miembros como muertos. El significado en la Escritura de la palabra, aquí, se debe obtener por su uso. Sus otras dos ocurrencias nos muestran, sin lugar a dudas, cuál es este uso:

En Romanos 4:19 está escrito sobre Abraham: “No se debilitó en la fe, al considerar su cuerpo que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara.”

Hebreos 11:12, “Por lo cual también, de uno, y ese ya casi muerto”. No es una cuestión de lo que la palabra signifique en el léxico; o cómo era empleada por los griegos: sino que es una cuestión de cómo la emplea el Espíritu Santo. Y vemos por estos dos pasajes aquí citados que la utiliza hablando de alguien que todavía está vivo; sin embargo, “estando casi muerto”, es decir, impotente por sí mismo de producir vida, y para cualquier propósito práctico. Además, la palabra se utiliza en Colosenses 3:5, no de la vieja naturaleza misma, sino de sus “miembros” (como los miembros de Abraham y Sara): y la exhortación es consecuente con la doctrina en los versículos anteriores. Comienza con “Por lo cual”, y el argumento es: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba...poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra; poned vuestra mente en Cristo y en el hecho bendito de que estáis “completos en él”, y cuando él aparezca en gloria vosotros también seréis manifestados en gloria. No seáis debilitados en la fe: ni consideréis vuestros miembros que están en la tierra; sino considerarlos como muertos, “habiéndolos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestidos del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:1-10).

Se debe al hecho de que hayamos muerto con Cristo, y por tanto, que hayamos puesto de lado al Viejo hombre, y a que nos hemos vestido del nuevo, que ahora podamos tener en cuenta y “considerar” los “miembros” de nuestro cuerpo “como muertos”, y reconocerlos como siendo impotentes, e incapaces para producir algo “vivo”, o “buenas obras”.

Todas las denominadas “buenas” obras hechas por la vieja naturaleza son “obras muertas”. Son producidas por nuestros miembros que están, en la apreciación de Dios, “como muertos”. Solamente son “buenas obras” aquellas que el propio Dios ha preparado de antemano para que andemos en ellas” (Efesios 2:10); y que son hechas en el poder espiritual de la nueva naturaleza.

¡Ojalá que la estimativa de Dios pueda ser la nuestra!: que, igual que Abraham, no seamos “débiles en la fe” en este importante asunto; sino fuertes, para creer a Dios; y así, ser libres para centrar nuestra atención en las cosas que provienen de lo alto, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, y esperar por nuestra manifestación con él en gloria.

CAPITULO 7

NUESTRAS RESPONSABILIDADES RESPECTO A LA NUEVA NATURALEZA

Nuestras responsabilidades en cuanto a la nueva naturaleza son exactamente las opuestas a las de la vieja naturaleza. Nuestra primera responsabilidad en cuanto a la vieja naturaleza fue reconocerla como habiendo muerto con Cristo. Así que nuestra primera gran responsabilidad en cuanto a la nueva naturaleza es:

1. CONSIDERARNOS O RECONOCERNOS VIVOS en una nueva especie de vida (Rom. 6:11).

Esta nueva naturaleza es vida: Nueva Vida, vida espiritual, vida divina, vida eterna (Romanos 6:4-23). Y tenemos que reconocer que ahora estamos "vivos", y viviendo en esta nueva vida: es decir, viviendo en un nuevo plano de vida, de, y para Dios, y que esta vida se halla "en Cristo Jesús". No se encuentra en "Jesucristo", como dice la Versión A.V. Cómo haya sido posible que esta versión dijese "Jesucristo" es incomprensible, porque no se pone en cuestión en ninguna de las demás lecturas en el griego. Es clara e indiscutiblemente "en Cristo Jesús", porque del creyente nunca se dice estar "en Jesús". No es en el Jesús muerto, sino en el "Cristo" ascendido y viviente que ahora estamos. Y debemos "considerar" ahora, por la fe (no por sentimientos), que realmente permanecemos delante de Dios en esta nueva especie de vida. Entre tanto que fijemos nuestros ojos en nosotros mismos, nunca seremos capaces de "reconocer" esa vida, porque no vamos a ver ninguna razón por la cual nos haya Dios tenido que ofrecer este maravilloso "don". No vamos a ver ningún motivo para eso en nada de lo que hayamos hecho.

Si vamos a llevar a cabo este reconocimiento tendremos que "creer a Dios". En Efesios 2:4-6, Dios nos ha exhortado ampliamente a hacerlo así; porque allí nos recuerda que fue cuando aun éramos hijos de ira e incapaces de tener buenos pensamientos, o que pudiésemos hacer buenas obras, entonces fue que "Dios, siendo rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en delitos y pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su [Su] gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos [hemos sido hechos salvos] por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2:4-9). Si no es por "obras", entonces ciertamente no es por sentimientos. Es sólo a través de la fe que podemos entrar en, y disfrutar, esta preciosa declaración de una salvación consumada. Pero esto nos lleva a otra de las responsabilidades, que se da en el siguiente versículo (Ef. 2:10). "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". Por lo tanto:

2. DEBEMOS ANDAR EN ESTA VIDA NUEVA (Rom 6:4).

El griego aquí para la palabra "nueva", es *kainotes*, novedad. Proviene de *kainos*, nueva (no habla de ser joven, o fresco, o hecho recientemente; que sería *neos*; sino, como siendo una nueva hechura, y diferente de lo que había sido hecho anteriormente; nuevo, en el sentido de reemplazar u ocupar el lugar de aquel que había sido primeramente hecho. *Kainotes* se usa sólo en Romanos 6:4, y 7:6, pero en cada caso se utiliza la palabra en una asociación o conexión diferente.

En Romanos 6:4 se refiere a nuestro andar (y en 7:6 a nuestro servicio).

1. En cuanto a nuestro caminar, este consiste en andar en "novedad de vida": es decir, viviendo en un plano nuevo y diferente de vida. Ya no solamente tenemos la vida física, sino ahora también, la vida espiritual. Ya no es la vida derivada del primer Adán, sino la vida que se deriva del postrer Adán, Cristo. Una esfera de vida totalmente nueva. La primera era de la tierra, terrenal: la postrera es divina en su origen, su trayectoria y su final. Nuestra sede de gobierno ahora está en el cielo, y nuestro "caminar" debe ser regido por ese gobierno celestial, y no por cualquier autoridad que tenga su origen en la tierra. Mientras caminamos por el mundo debemos pensar y a recordar que estamos en él, pero que no pertenecemos a él, y, como todos los que caminan son responsables de considerar y ver dónde van, así debemos nosotros "aguardar por el Salvador, el Señor Jesucristo" (Filipenses 3:20, 21): y esto es lo que gobierna nuestro caminar.

2. En Romanos 7:6 esta nueva esfera de vida se utiliza en relación con el servicio: Pero ahora estamos libres [sin carga] de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que [ahora que somos privilegiados] sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu [es decir, en el nuevo campo de la nueva naturaleza] y no bajo el régimen viejo de la letra [de la ley]; y nuestro servicio surge por un motivo completamente nuevo, y la otra forma de servir se ha vuelto vieja y anticuada, y caducada. Ahora, este servicio no proviene de algún deber, sino por amor, no por la observancia de normas y reglamentos, sino por alegría, no por votos o promesas, sino en perfecta libertad de acción, no como siervos, sino como hijos. Esta esfera totalmente nueva de servicio viene a nosotros con la nueva naturaleza, y nuestra responsabilidad de aquí en adelante es servir a Dios en este plano y línea de servicio. A menos que estemos muy atentos, nos encontraremos constantemente cayendo en la esclavitud de la antigua letra, y actuando en un espíritu de siervo en lugar de un espíritu de filiación.

3. Sin embargo, hay un tercer paso relacionado con esta "novedad de vida", o nueva esfera, a la que la nueva naturaleza nos trae, y este, se halla en conexión con la adoración. Se habla de ello en Gálatas 5:25, y sucede o es consecuencia de un pensamiento adicional de vivir en esta nueva esfera espiritual. Tiene que ver con nuestro caminar y adoración, mientras estamos "en Cristo", y no de acuerdo a las ordenanzas religiosas del mundo.

“Si vivimos (de acuerdo) por el espíritu (o nueva naturaleza), andemos (de acuerdo) también por el espíritu” (Gálatas 5:25). Es decir, nosotros, los que tenemos esta nueva naturaleza, tenemos que andar de acuerdo a ella; y el verbo que se traduce “andar” aquí es una palabra diferente de la que teníamos en Romanos 6:4 y 7:6. Es *stoicheo*, y siempre quiere decir andar de acuerdo a reglas y regulaciones religiosas; y posee una referencia a los ritos religiosos externos, ordenanzas y ceremonias. El sustantivo *stoicheo* aparece solamente en dos de las siete Epístolas a la Iglesia, esto es: Gálatas y Colosenses, ambas son correctivas, y lo que corrigen son los errores doctrinales que surgen por ignorar las doctrinas de Romanos y Efesios respectivamente. Aparece dos veces en cada epístola (Gál. 4:3, 9, y Col. 2:8, 20). Tres de las cuatro veces se asocia con la palabra “mundo”, *cosmos*, y siendo así se refiere a lo externo y material, en contraste con, y en oposición a, lo que es interno y espiritual.

La incerteza en cuanto a su significado, tanto en la Versión A.V. como en R.V., se muestra por la traducción tan inconsistente que le dan. En la R.V., en Gálatas, la traduce en el texto como “elementos”, y “rudimentos” al margen; mientras que en Colosenses es “rudimentos” en el texto, y “elementos” al margen. La R.V. lo hace así también (como la A.V. traduce en Colosenses) en todos los cuatro pasajes.

La palabra se refiere a todo lo superfluo que se hace exteriormente en las observancias religiosas; a todos los hechos o actos religiosos que tengan que ver con la carne, o la vieja naturaleza. Así que la responsabilidad que se nos pone delante y tenemos en Gálatas 5:25 nos dice que, una vez que ahora vivimos en una nueva esfera de vida, así por eso andemos de acuerdo a la nueva naturaleza espiritual; y no siguiendo, o andando en, o de acuerdo a, los ceremoniales religiosos externos del mundo: ni de instituciones establecidas, ni de rituales judíos y ayunos, ni de comidas y bebidas, y lavamientos de vasos; ni días y meses, y años (Gálatas 4:10, 11; Colosenses 2:16, 17; Romanos 13:1-9); ni de acuerdo a tradiciones babilónicas.

Tenemos por tanto tres distintas responsabilidades en cuanto a nuestro andar de acuerdo a la nueva naturaleza: Vida, Servicio, y Adoración; y tienen que ver, respectivamente, con lo que es Interior, Exterior y dirigido hacia lo alto. En cuanto a la esfera Interior, andamos de acuerdo a la nueva esfera de vida, dentro de la cual nos introduce la nueva naturaleza (Romanos 6:4). En cuanto a la esfera exterior, servimos de acuerdo a la misma novedad espiritual o nueva naturaleza (Romanos 7:6). En cuanto a la esfera de lo alto, “adoramos a Dios en (o de acuerdo al) espíritu” y no de acuerdo a las tradiciones religiosas y ordenanzas y mandamientos de hombres (Gálatas 5:25; Colosenses 2:20-22). Estas son las tres mismas esferas que se resumen en Tito 2:11-13; y estas son las mismas lecciones que la gracia enseña. Porque la gracia no solamente nos trajo salvación, sino que nos enseña que “habiendo huido de los impíos y mundanos deseos (esto es, todo lo que produce la vieja naturaleza), deberíamos vivir sobria, justa y piadosamente en este presente mundo: aguardando la bendita esperanza, hasta la gloriosa aparición de nuestro

gran Señor y Salvador Jesucristo”. Aquí se nos enseña cómo vivimos en nuestra nueva esfera, o plano de vida.

1. En cuanto al mundo interior, nuestro andar debe ser en “sobriedad”. La palabra griega es *sophronos*, con auto-control sobre todos nuestros deseos, y una digna limitación sobre todos nuestros miembros. Nada más, y nada menos que eso, es lo que se denomina “evangelio de moderación”. Limitar este auto-control únicamente al deseo que se crea por la sed de beber alcohol, significa perderse el punto completo de la sentencia, y dar consentimiento a todos nuestros demás deseos de la carne, y de la mente, sin restricción alguna y sin control; o, actuar pensando que pueden ser consentidos o pasados por alto. Pero lo mayor incluye a lo menor. Y el verdadero evangelio de moderación incluye no solo auto-control sobre la bebida, sino sobre la comida, vestuario, lectura, gastos, ahorros, viajes, intereses, visitas, canciones, etc.; y eso incluye todo el terreno de lo que se denomina “pureza”. Abarca todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida diaria; no solamente los deseos poco educados de la carne, sino también los deseos refinados de la mente; incluye no solamente lo ilegal, sino también lo que es legal. Controla no solamente lo que es permitido por las leyes, sino también lo que es conveniente y bueno.

La perversión que el hombre ha hecho del término “sobriedad” es el resultado de andar de acuerdo a la carne, y no de acuerdo al espíritu. Mantiene el control de uno de los deseos y da rienda suelta a todos los demás. El dinero que no se gasta en la bebida puede gastarse en inmoralidades. El dinero que se ahorra en la bebida puede perderse en juegos de suerte. Y así la mera ética reformadora se resume solo a quitar del árbol una hoja muerta aquí, y alguna fruta podrida allí, mientras que el error sigue residiendo en la raíz. No es reformas o remiendos lo que necesita, sino regeneración. Una persona que posea un “carácter refinado” está muy lejos de ser un pecador salvo. Tales obras refinadas solo son digna de ser utilizadas en el mundo: pero no es la obra de la Iglesia de Dios trabajar en reformar o refinar el carácter. Un ministro del Evangelio no puede ocuparse con eso sin descuidar la más grande, y única obra para la cual fue comisionado. ¡No! El andar, de acuerdo a la nueva naturaleza, asienta de una vez por todas cuestiones tales como estas para los hijos de Dios, e incluye o abarca absolutamente todo: mientras que un andar, de acuerdo a la carne se ocupa solo con una cierta parte de la totalidad. En cuanto al mundo interior, por tanto, nuestro andar tiene dominio propio en todas las cosas.

2. En cuanto al mundo exterior, nuestro andar ha de ser *dikaio*, justo. Y esto, no solamente de justicia, sino proveniente de la justificación. No porque las leyes lo requieran o mandamiento alguno de hombres lo imponga, sino porque es el deseo de la nueva naturaleza. No por algún sentido del deber, sino por el poder del amor. No como siervos, sino como hijos. No como impulsados por compromisos, o sacrificios, o votos, sino como constreñidos por la nueva naturaleza interior para andar justamente con respecto al mundo exterior.

3. En cuanto al mundo de lo alto, nuestro andar ha de ser “devoto o piadoso”, (es decir, tiene a Dios como su principal y único objetivo). Consistirá, por tanto, no en las ordenanzas y ceremonias de las tradiciones religiosas del hombre, sino en las actividades de la nueva naturaleza. En una palabra, es solamente Cristo, en lugar de todo lo que se conoce con el nombre de religión. Es Cristo, y ni siquiera la “religión cristiana”, que hace parte de las demás religiones; sino Cristo, o el verdadero Cristianismo. Así, y solo así podremos cumplir con esta responsabilidad en cuanto a nuestra nueva naturaleza, y ser de aquellos “quienes (de acuerdo) al espíritu (o la nueva naturaleza), adoran (o sirven) a Dios; y se glorían en Cristo Jesús; y no tienen confianza alguna en la carne”. (Filipenses 3:3).

3. La tercera responsabilidad en cuanto a la nueva naturaleza es **ALIMENTARLA Y NUTRIRLA CON SU ALIMENTO APROPIADO**.

Así como la vieja naturaleza de carne se alimenta y nutre por aquello que le es ajeno a ella (porque no puede alimentarse de sí mismo), así también sucede con la nueva naturaleza. Su alimento debe provenir de fuera. Requiere ser constantemente abastecida con el alimento provisto y adecuado para ella. Ese alimento es la Palabra de Dios. Por eso se nos enseña como a niños de pecho recién nacidos que, deseemos la pura y no adulterada leche de la Palabra, para que podamos crecer a través suyo (1ª Pedro 2:2). La Palabra de Dios es el alimento de la nueva naturaleza. “No solo de pan vivirá el hombre, mas de cada una de las palabras que sale de la boca de Dios, vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3). Hay en ella toda clase de alimentos. Leche para los niños chicos, y viandas para los fuertes: consuelo para la tristeza, ayuda para la debilidad. Igual que un niño desea la leche pura, a así el recién nacido hijo de Dios necesita y anhela la leche de la Palabra. Este es el único alimento de la nueva naturaleza; pero debe ser “pura”: la Palabra viviente, el Señor Jesucristo; y la Palabra escrita, “las escrituras de la verdad”. No hay una sin la otra. “Yo soy el pan de vida”; esto es, el pan que soporta o sustenta la vida. “El pan de Dios es Aquel que descende del cielo” (Juan 6:33, 35, 48-51). Y por eso, acerca de la palabra escrita de Dios, dijo Jeremías: “Fueron halladas Tus palabras y yo las comí, y Tu palabra me fue por gozo y alegría a mi corazón” (Jeremías 15:16). Si esto pudo ser dicho así por alguien que se hallaba bajo al Pacto antiguo, ¿cuánto más no debe ser confesado por aquellos que se hallen bajo el nuevo pacto, y por los que posean una nueva naturaleza? Si al maná del cielo se le denominó “comida de ángeles” ¿cuánto más no podrá la Palabra ser denominada “el pan de Dios”?

La nueva naturaleza solo puede ser nutrida apropiadamente siendo alimentada por la Palabra. No puede depender en las palabras del hombre, ni en todas sus “grandes ideas o pensamientos”. La nueva naturaleza no viene hambrienta de razonamientos humanos, ni de literatura mundana. Todo eso, en el mejor de los casos, haría un “hombre destacado entre los hombres”; pero todo aquel que se alimente de las Escrituras respiradas de Dios llega a ser un “hombre de Dios” (2ª Timoteo 3:17), enteramente preparado para cualquier emergencia que aparezca; listo para enfrentar cualquier dificultad; equipado para todos los

conflictos; provisto contra todos los peligros; armado contra toda tentación; preparado para todas las tribulaciones. El Hijo de Dios, Jesucristo, cuando se halló en medio de la prueba, se apoyó y recostó sobre la Palabra de Dios. Sus primeras palabras ministeriales fueron: “Escrito está”; y su primera declaración se hallaba en las palabras de la Escritura (Deuteronomio 8:3). Tres veces lo pronunció el Señor en esa solemne ocasión, y cada una de las veces fueron las palabras de la Escritura.

En su última declaración ministerial (Juan 17), tres veces vuelve a referirse a esta Palabra. “TU PALABRA es verdad” (5:17). “Les he dado TU PALABRA” (5:14). “Les he dado las PALABRAS que Tu me diste” (5:8). Aquí otra vez tenemos las “Palabras” y la “Palabra”; porque la Palabra se compone de palabras; y es imposible tener la una sin las otras. Si las palabras se falsifican, se viola toda la Palabra. No es de admirarse que veamos tantos cristianos debilitados e incapaces de resistir el mal y en producir el bien. Tan manifiesta es su debilidad que las reuniones especiales, y “Misiones” y “Convenciones”, que organizan se llevan a cabo con el expreso objetivo de “profundizar la vida espiritual”. Eso nos da y provee la evidencia de lo bajo que se halla el estándar o modelo de la vida espiritual, y la insatisfactoria condición de multitudes de cristianos. Estos son los motivos que confiesan para la necesidad de tales esfuerzos especiales que hacen. Pero ni aun la expresión “profundizar la vida espiritual” es de la Escritura. No argumentamos que no sea bíblica, porque lo que quiere decir es correcto. Pero muestra un completo olvido de la Palabra que declara que esta nueva naturaleza es “perfecta” y “divina”, y no puede por tanto ni ser “profundizada”, ni incrementada. Puede ser, eso sí, nutrida, y alimentada y fortalecida, pero eso solo será posible hacerlo por el manjar en la Palabra de Dios, y no por escuchar las palabras de los hombres. Es a través de la “exposición” de la Palabra, y no por la exhortación de hombres, que la nueva naturaleza pueda ser fortalecida y pueda guardarse y mantenerse en buena sanidad espiritual. Es por poner sus ojos en los asuntos de lo alto, y no por atender o fijarlos en las cosas de la tierra. Es por escudriñar las Escrituras, no por el examen o búsqueda de uno mismo. Todos los demás y más bajos medios que puedan ser adoptados solamente tienden a alimentar y remendar la carne: y la trampa es de lo más sutil y peligrosa, porque suenan a cosas “buenas”, tanto en materia, y forma y motivo.

Además, estas Convenciones se realizan de vez en cuando, con considerables intervalos de tiempo entre sí; y depender de ellas sería como vivir a dieta de ayuno durante un espacio de tiempo, y después en un solo día darse un gran banquete. De esa forma, en el mejor de los casos, sería una alimentación muy irregular, por no decir una insana manera de vivir. Ya había santos de Dios, y un noble ejército de mártires y renombrados en el ministerio de la Palabra de Dios, y una hueste de testigos fieles testigos, antes de estos días que vivimos actuales de “Misiones”, y “Convenciones” y Sociedades. Ya antes hubo otro tipo de protestantes que reconquistaron para nosotros grandes libertades que no tienen precio. Si, mucho antes de estos días con nuestras modernas Sociedades Protestantes, que fueron inventadas con el único propósito de defender y preservar lo que aquellos otros

habían ganado para nosotros. Todas estas modernas invenciones actuales son sin duda alguna una confesión y prueba del bajo estado en que hemos caído. La mayoría, en vez de alimentarse de la Palabra por sí mismo, prefieren escuchar el resultado del estudio que otros hayan obtenido. Es como si una persona atendiese solo a lecturas acerca de la dieta, y de la química de los alimentos, en vez de comer, y digerirla y reunir con su nutrición las fuerzas y el vigor necesarios para sus deberes diarios. Vivir así, de la excitante literatura y libros de hombres, tanto sea de tipo sagrado como seculares, es como si una persona pretendiese vivir de dulces y pasteles y cremas en “bandejas adornadas”, en vez alimentarse de los productos fortificantes que dan vida, los verdaderos alimentos. Esto es por lo que muchos permanecen en desigualdad en cuanto a las oportunidades y responsabilidades de la vida cristiana. Esto es por lo que hay tantos que no tienen poder contra las tentaciones. Le dan muy poca comida a la nueva naturaleza. La alimentan con algún tipo de alimento insano sacado de sus experiencias, o de las experiencias y biografías de otros hombres. Comparten “buenos” libros, libros de hombres y cancioneros, que solo producen fermentación en vez de digestión; porque tales alimentos no pueden ser asimilados por la nueva naturaleza. ¿Es de extrañar que, con este tipo de dieta, y con el hecho de que la Palabra de Dios se consuma de forma tan irregular y a raros intervalos, o en tan escasos momentos, que haya tantos cristianos sin manifestar un más alto concepto de sus derechos filiales, de los altos y magníficos privilegios que poseen siendo hijos de Dios: o exhibiendo un verdadero sentido de sus responsabilidades en el mundo en el que se moldean sus vidas y se hayan del todo perdidos?

Recordemos entonces, que, para darse uno cuenta del privilegio de ser hijos de Dios, la palabra de Cristo debe “morar dentro de nosotros abundando en toda sabiduría” (Colosenses 3:16). La Palabra Escrita y la Palabra Viva son el único alimento de la nueva naturaleza, y nuestra nutrición no debe ser irregular ni descuidada, obteniendo simplemente un pedazo aquí y otro allá. Nosotros no tratamos nuestro cuerpo físico así: ni hace parte de nuestros hábitos alimenticios diarios: porque todos sabemos demasiado bien que el alimento apropiado debe ser consumido regularmente, masticado despacio y bien digerido, para que pueda ser asimilado y pase a hacer parte nosotros mismos. Pues igualmente debe ocurrir con respecto a la nueva vida espiritual, la cual se nos ofrece en el don de la nueva naturaleza. Cuando nuestra condición espiritual se halla debilitada por descuidar su necesario alimento, entonces nos sentimos tentados a suplir su vacío con toda suerte de remedios o remiendos para obtener la fuerza necesaria y salud. Muchos echan mano de medicinas de charlatanes, las cuales abundan tanto en lo religioso como en el mundo natural. Toda suerte de novedades y modas en cuanto a “tratamientos” recomendados por los “profesionales”, y toda suerte de “comidas” se publicitan como siendo los “mejores” para la salud. El “pan de vida” de Dios que ha provisto para nosotros, contiene todo lo que nos es necesario. Pero nosotros lo tratamos como si tratase del “maíz” de Dios, que ha provisto para nuestra vida natural. En la molienda de este grano, el hombre ha construido molinos que le elimina de forma automática, cuando lo muele, casi todo el alimento que

Dios le puso dentro. Lo que queda en su mayoría solo “almidón de maíz” (esto sin hablar acerca de las materias perjudiciales que le añaden); y como este almidón está fuera de toda proporción a la diastasa, que es aquella parte de la saliva que puede digerirla, lo que hace es fermentar en el estómago en vez de ser digerida: por eso, sus restos que permanecen en el organismo, no son sino la causa de muchos males y enfermedades. Entre tanto que así sucede, nuestro sistema es tan pobremente nutrido, que nuestra salud general se ve por eso afectada: padecemos de pérdida del cabello, o de los dientes; sentimos generalmente que estamos “de mal humor”; y entonces es cuando recurrimos a los variados anuncios de medicinas y “alimentos”, y muchos son los que contraen los conocidos “hábitos de drogas”, y no pueden hacer nada sin tales apoyos o accesorios para su vida natural.

En cuanto al asunto del pan (que para una basta mayoría es prácticamente inalcanzable), el hombre está comenzando a darse cuenta de su error, y está intentando remediarlo. ¿Pero qué es lo que hace? En vez de adoptar el propio y obvio medio, y de escoger lo que Dios ha provisto en el grano de trigo que contiene todo lo necesario, y eso en su justa medida, se dedica a mezclar varios tipos de “panes”, a los cuales les atribuye nombres resonantes. Los incautos degustan estos nuevos panes de moda; y, aunque la comida que les dan les salga más cara, no hallan ni alcanzan con ella el resultado que ellos pretendían. Todo esto es la gran realidad de lo que sucede en frente a nuestros ojos actualmente; y tiene su equivalente en el mundo espiritual. La Palabra de Dios es puesta de parte, o añadida con, o sustraída de, por el hombre de varias maneras. La leche de la Palabra se pone en algún sitio “apartado”, y lo que no sea creído por este sector o por aquel otro se elimina cuidadosamente o se suprime. Los substitutos del hombre se comen; y cuando nos damos cuenta que nos hallamos débiles, o sin salud, entonces, en vez de enfrentar la causa de todo el problema (que es la falta de cuidado de alimentarnos de la simple dieta de la Palabra de Dios), escogemos antes continuar con el mismo sistema que ha producido estos tristes efectos, y procuramos remediarlos recurriendo a las prescripciones de hombres, y adoptando sus recomendaciones. Una parte recomienda algún nuevo tipo de “tratamiento”: otros adoptan “retiros”, que son una especie de “cura de reposo”: Algunos los toman como “estimulantes”, y, aunque eviten cuidadosamente las cosas del mundo material, recurrirán a las estimulantes y entusiastas “misiones” y “reuniones”. Otros actuarán como si la continua práctica de la “confesión” de los males que les deploran pudiese erradicarles o sanarles de estos males; mientras que otros, una vez más, actúan como si una “convención” en la que se practican estas cosas pudiese cumplir y traer en evidencia lo deseado. Al mismo tiempo, se confiesa abiertamente por los mismos promotores de estos modernos métodos que la vida Cristiana se halla en un bajo estándar; mientras que la vida espiritual y la fuerza protestante resistente se encuentran también en un nivel muy bajo. Igual que un caballo mal alimentado, que no deja de ser azotado, así estos mal nutridos y débiles creyentes tienen que azotarse a sí mismos; y van a sentarse al lado de las multitudes para que otros aviven sus funciones o deberes; en vez de ser como un caballo bien nutrido, que no necesita de espuelas para nada, y que solamente requiere de guía y

buena rienda. Pero todo esto no es lo único malo, ni tan siquiera la peor de sus representaciones. Porque lo peor sucede, cuando, en esta baja condición de fortalecimiento espiritual, nos comprometemos en la obra espiritual del Señor, y nos sentimos obligados a realizarla con la energía o esfuerzo de la vieja naturaleza: con la carne. Esto es lo que lleva a muchos de manera natural a adentrarse en grandes conflictos; hasta que, finalmente, se quedan y terminan “desesperados”, y son “puestos de parte”, o se “resquebrajan” y a todo le dan fin.

Ojalá que podamos hacerles ver la única y simple causa de todos estos males, los cuales son universalmente reconocidos, admitidos y deplorados. La existencia de estos males es un vivo testimonio por los mismos esfuerzos que se hacen en todas las direcciones para remediarlos. La raíz de todo el problema es la falta de interés o descuido del medio divinamente señalado: la nutrición dependiente en la Palabra de Dios. Este es el instrumento por medio del cual se implanta la nueva naturaleza; y este es el único medio por el cual puede ser sustentada, nutrida y fortalecida. Esta Palabra de Dios es de valor y provecho, solamente en la medida que nos alimentemos de ella por nosotros mismos; y que la asimilamos haciendo una buena digestión de ella. Nadie puede hacer eso por nosotros. No se piense, pues, que podemos vivir por mirar y observar a otras personas comer o que podamos aprender por meramente observar y copiar sus obras. Tenemos que hacer nuestra propia investigación de la Palabra, y “marcar” nuestra propia Biblia, y hacer nuestros propios cuadros y análisis. Es cierto que podemos ser guiados e instruidos en este cometido por otros; y podemos ser estimulados por sus trabajos y ejemplos; pero cada uno tiene que hacerlo por sí mismo, y debemos aprender por nosotros mismos de la Palabra. Después de que la hayamos podido oír por otros, debemos alimentarnos con ella por nosotros mismos para que podamos ser fortalecidos con ella. Todo lo que podamos precisar para nuestra sanidad espiritual se halla en la Palabra de Dios: y el Espíritu Santo que la inspiró está con nosotros, para enseñarnos y para inspirarla en nuestros corazones. Pongamos toda nuestra dependencia sobre Él. No le desaiemos al buscar soporte en el hombre. No te apoyes en nuestros propios escritos. Aprende de ellos y escúchalos solamente al punto que glorifiquen a Cristo y magnifiquen Su Palabra. Lo único que podemos hacer es ser una guía y poste de señalización para decirte dónde se haya la comida, y donde residen los “verdes pastos”, y señalarte la utilidad, la dulzura, el poder, la verdad y los beneficios de este alimento celestial; y decirte dónde puedes encontrar lo que es apropiado para tus necesidades. Nosotros no poseemos el monopolio de este asunto. Solamente tenemos la misma Palabra para alimentarnos de ella por nosotros mismos. Podemos preparar la comida, y cocinarla para ti, pero no podemos comerla por ti; eso lo tienes que hacer tú por ti mismo. Es después de todo, una simple cuestión de dieta, en lo espiritual, así como es, tan frecuentemente, en la esfera física; y la salud de ambas debe ser determinada y conocida por el mismo examen: el “apetito”. El apetito en el mundo natural es el signo de buena salud. Su ausencia es el signo de lo contrario. Pues así sucede también en el mundo o esfera espiritual. Nuestro apetito o deseo de ser alimentados en la Palabra de Dios es la medida de nuestra salud

espiritual. Por esta medida podemos examinarnos nosotros mismos. Eso actúa como el termómetro clínico que nos capacita para encontrar y demostrar nuestra verdadera condición espiritual.

Todo depende de nuestro apetito espiritual por nuestro único alimento espiritual: la Palabra de Dios. Solamente a medida, no simplemente de que la comamos, sino que la digerimos, y asimilamos, por nosotros mismos, solamente así nos servirá de provecho. Es igual que el dinero, solamente tiene valor a medida que lo disfrutemos y nos beneficiemos, o que podamos obtener satisfacción de él. Podemos tener un millón de dólares en el banco, pero si nunca usamos nuestro libro de cheques o gastamos el dinero, las meras monedas no son para nosotros más que “cuentas”, o permanecen meramente como un lote de papeles en un libro. Dios no quiera que esa sea nuestra relación hacia Su Palabra. En ella tenemos todo lo que nos capacita para “andar en novedad de vida”. Aquí es donde encontramos toda la armadura necesaria para enfrentar cada conflicto que aparezca, toda la fuerza precisa para emprender cada servicio, todo el consuelo para cada uno de los pesares, todos los recursos para cada necesidad. Ojalá que esta preciosa y preciada Palabra pueda ser no solamente nuestra armadura, o nuestra despensa, sino nuestra mesa. Ojalá que pueda, por la gracia de Dios, verdaderamente capacitarnos para decir:

“Aderezas mesa delante de mí en la presencia de mis angustiadores: Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando” (Salmos 23:5).

CAPITULO 8

CONCLUSIONES PRÁCTICAS

Hay algunos puntos restantes relacionados a nuestra responsabilidad en cuanto a las dos naturalezas que son dados más bien como conclusiones prácticas, o recomendaciones, que se derivan lógicamente de lo que hemos recibido de la Escritura. No tratamos de poner a los lectores bajo ningunas normas o reglamentos. Pero, después de lo que hemos aprendido de la Palabra de Dios, hay ciertas responsabilidades que son inevitables si queremos disfrutar de la plena bendición y frutos de la doctrina en nuestra propia experiencia. No es suficiente para nosotros “abrazar la verdad” en cuanto las dos naturalezas. Es la verdad la que debe “abrazarnos a nosotros”, si queremos conocer su valor y su poder. Si la verdad nos sostiene a nosotros, entonces:

1. DEBEMOS DÍARIAMENTE IGNORAR LA CARNE, Y NEGAR O NO DARLE OÍDOS A TODOS SUS Y RECLAMOS O EXIGENCIAS.

Tenemos que recordar que a pesar de que “no estamos en la carne”, la carne está en nosotros, y que nunca podremos deshacernos de ella hasta la muerte o resurrección. Si no somos capaces de mantener esto en mente todos los días, nos sujetaremos a cualquier falso maestro, expuestos a caer en los errores que puedan surgir, y ser guiados por el mal camino en cualquiera de las nuevas modas y métodos modernos, en las artimañas y artificios de la religión carnal. Todos estos errores en la doctrina y en la práctica provienen de esta única fuente. Esta fuente es el reconocimiento de las demandas y capacidades de la vieja naturaleza. Es la esencia y el fundamento de todas las religiones falsas, como se ve en la Iglesia de Roma y en otros lugares. A continuación lo hemos expuesto en una frase retirada de un libro Católico Romano:

“Se nos ha ordenado por el sufrimiento y muerte de Jesús por nosotros, que le imitemos por medio de la crucifixión de nuestra carne, y a través de obras diarias de mortificación.

¿En qué difiere esto de las “santas” enseñanzas populares de nuestros días? Es cierto, puede ser puesta de una manera diferente, puede ser apreciada desde otros puntos de vista, pero este es el fin que persigue, el objetivo que procura todo aquel que cultiva o atiende las demandas de la vieja naturaleza. Los medios empleados o recomendados pueden variar, pero el resultado deseado es uno y el mismo, es decir, llegar a alcanzar un estado donde más o menos no se cometan pecados. Todo esto proviene de una raíz: por no dejar de lado e ignorar la carne, con todas sus exigencias y demandas. Por no considerarla ya muerta.

Si no se atiende a este práctico deber, la puerta permanecerá abierta para todo tipo de error en que optemos caer. Si podemos mantener esta responsabilidad recordándola a

diario, nos guardará e impedirá que emprendamos cualquier esfuerzo, planes o programas y esquemas que tengan por objetivo el cultivo o la mejora de la carne. Nos preservará también de cualquier tipo de enseñanza moderna que estimule la esperanza que, porque sigamos ciertas reglas, la carne puede ser erradicada. Ambas esperanzas son absolutamente infundadas, y sólo pueden terminar en una grave decepción. No nos engañemos en cuanto a este hecho fundamental, y así además tampoco nos dejaremos engañar por las falsas esperanzas que proclaman que, por medio del alimento adecuado y la correcta formación o entrenamiento, podemos cambiar e ir haciendo de la carne, espíritu, o que, por medio de afligirla o mortificarla de alguna manera, podremos conseguir vernos libres de ella.

2. LA MEJOR MANERA PRÁCTICA DE TRATAR LA VIEJA NATURALEZA ES DEJARLA MORIR DE HAMBRE:

Por medio de mantenerla en una dieta baja. Pero eso no se puede hacer directamente tomándolo como una meta o una “obra”. Solamente puede ser hecho indirectamente por atender constantemente a las demandas y deseos, y satisfacer los siempre ascendentes anhelos celestiales de la nueva naturaleza. Hemos visto que el alimento de la nueva naturaleza es la Palabra de Dios. Mientras que nos mantengamos alimentándola directamente con ella, estaremos sin darnos cuenta, o indirectamente, dejando morir de hambre a la vieja naturaleza. Porque (y esto es el hecho importante), ¿no podemos estar alimentando a las dos naturalezas al mismo tiempo! La alimentación con la que una naturaleza se nutre hará morir de hambre a la otra. Y este hecho separa o divide ambas vías. Si estamos alimentando la vieja naturaleza con libros de hombres y enseñanzas del hombre, mantendremos la nueva naturaleza desnutrida, empobrecida y debilitada. La vieja naturaleza se estriba en la literatura general. Pero la nueva naturaleza se sustenta solamente en la Palabra de Dios. Sus preciosas palabras “son espíritu y son vida” (Juan 6:63), y sólo lo que es espiritual puede ser asimilado por el espíritu.

Muchos cristianos están continuamente ocupados con los pensamientos del hombre y los libros del hombre; y después se sorprenden con la baja condición de su vida cristiana y su andar. Ellos entonces se proponen adoptar algún nuevo método que esté de moda (igual que la vieja naturaleza se vuelve a los estimulantes o drogas), que prometen suplir lo que se desea y el vacío que se ha creado, que es solamente cuestión de dieta. Si, en la vida física, las personas persisten en comer y beber lo que les hace mal, sufrirán las inevitables consecuencias. Es exactamente igual en la esfera espiritual: y si los palpables efectos se manifiestan en nuestro andar y conversación, entonces el único remedio es remover o echar fuera la causa. Esto será mucho menos costoso; nos dará menos problemas; probará ser perfectamente efectivo; y no seremos defraudados. Nuestra conclusión práctica, por tanto, es: no leas ningún libro, ni escuches a ningún orador, maestro o predicador a menos que tengas la certeza de que conocerás más sobre la Palabra de Dios después de haberlo leído o escuchado que antes de hacerlo. No importa nada de lo que cualquier hombre mortal piensa. A menos que te pueda ayudar a entender más claramente lo que dice Dios, será más

bien un obstáculo para ti en vez de una ayuda. Tú no podrás prosperar, crecer y florecer, apoyándote en las palabras del hombre. Es solamente “por toda palabra que sale de la boca del SEÑOR que el hombre vive” (Deuteronomio 8:3). Si tú te alimentas en las palabras que proceden de la boca del hombre, te hallarás hambriento. Las palabras de Dios “son espíritu y son vida”. No hables demasiado acerca de las Escrituras. Estate más bien preparado para permitir que sean ellas, las palabras de Dios, las que te hablen a ti. Con respecto a Sus palabras, haz como Esdras el escriba hizo. En vez de intentar recordar imperfectamente lo que la Palabra dice, y consecuentemente, citarla generalmente con errores, lo que se debe hacer es “abrir el libro” (Nehemías 8:5). Dejarlo hablar por sí mismo. Sus palabras tendrán más peso que las tuyas, porque Dios se hallará por detrás de ellas para hacer que “operen” efectivamente. Ata y abraza las palabras de la Palabra en tu corazón. Porque:

“Te guiarán cuando andes; cuando duermas te guardarán; hablarán contigo cuando despiertes. Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz, y camino de vida las repreciones que te instruyen” (Proverbios 6:21-23).

Siempre vas a encontrar gente que esté dispuesta a hablar de cualquier tema menos de Dios, y Su Cristo, y Su Palabra. Hablarán acerca del hombre, y de las noticias del mundo. Los domingos pueden variar, y en vez de eso puede que asistan al local de la iglesia y recibir de sus ministros los sermones y servicios; ¡pero siguen siendo palabras de hombres las que se hablan! Aquellos que poseen la nueva naturaleza se dan cuenta que estas cosas no satisfacen, siempre dejan un anhelo y un hambre de alimentarse con algo mejor que todo eso. Nada podrá jamás satisfacer a nadie sino Dios Mismo, y la Palabra Viva y la Palabra escrita. Si el “Salmo de alabanza de David” (Salmo 145) fue verdad para él, cuanto más no será verdad acerca de nosotros. Cómo no diremos:

“Te exaltaré mi Dios, Mi Rey y bendeciré tu nombre, eternamente y para siempre...en la hermosura de la gloria de tu magnificencia y en tus hechos maravillosos meditaré. Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres, y yo publicaré tu grandeza. Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad y cantarán tu justicia” (Salmos 145:5-7).

Como vemos todo esto conlleva una conclusión práctica muy diferente hablando de las elocuentes palabras de alguien, o los actos inconsistentes de otro, o las maravillosas obras de un tercero. El primer ejemplo (Esdras) es un sembrar para el espíritu, los posteriores (que hablan de los hombres y las noticias) es un sembrar para la carne.

Si vamos a hacer que nuestra nueva naturaleza se desarrolle, y si deseamos estar “robustos y bien nutridos”, debemos alimentarnos de las palabras de Dios, y así dejar moribunda la vieja naturaleza (Gálatas 6:8).

Siempre vamos a tener que mantenernos ocupados con algo, ya sea con la carne o con el espíritu, con la vieja naturaleza o con la nueva, y según sembremos para la una o

para la otra, así cosecharemos. Esta es la simple verdad y enseñanza que se nos da en Gálatas 6:7, 8, comenzando con la solemne advertencia:

“NO OS ENGAÑEÍS”

Esto fue dirigido a los santos de Galacia, que, habiendo ya antes comenzado a andar en el espíritu (o la nueva naturaleza) ahora trataban de perfeccionarse en la carne (Gálatas 3:3). Habían “corrido bien”, pero algunos se entrometieron entre ellos y les ocasionaron muchos obstáculos, por lo que se volvieron atrás, y ya no obedecían a esta importante verdad y enseñanza (Gál. 3:7) que ahora estamos tratando de resaltar. Todos nosotros anhelamos (de acuerdo con el deseo de nuestra nueva naturaleza) caminar de manera que “no satisfagamos los deseos de la carne” (de la vieja naturaleza). Así que, ¿qué es lo que vamos a hacer para lograr este nuestro deseo? Muchos para conseguirlo se ponen y sujetan bajo un yugo de esclavitud, y tratan de obedecer reglas, y hacer votos y adquirir compromisos, y de asociarse a denominaciones. Pero todo esto es en vano. Todo esto, en vez de debilitar la carne, lo único que hace es fortalecerla obedeciéndola en sus clamores, y obligándonos a ocupar nuestras mentes con ella. La vía que emplea Dios es mucho más sencilla, y dice: “Andad (de acuerdo) al espíritu (o nueva naturaleza), y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). ¡Esta es la promesa de Dios y la regla de Dios! ¡Intenta llevarla a cabo! Te libraré de las manos del hombre. Te libraré de una esclavitud terrible. Brindaré paz y bendición a tu vida. Traeré a tu vida refrigerio y reposo. Anda de acuerdo al *pneuma*; ocúpate por ti mismo de tu nueva naturaleza; ministra y atiende sus necesidades; toma las provisiones necesarias para eso, y para eso solamente; sin ocuparte de nada más; y tú tienes la Palabra de Dios para todo ello de tal manera que tu deseo será atendido. Él afirma “no satisfagáis los deseos de la carne”. ¡Esta expresión *ou me*, es la más enfática que pueda ser empleada! Es un doble negativo, que enfatiza e intensifica la afirmación a tal grado que cada vez que es usada por el hombre, nunca se hace de manera positiva. Pero siempre que fue empleada por el Señor, fue segura y ciertamente cumplida de manera abundante. Cuando Él dijo: “El que viene a Mí, no le echo fuera” (Juan 6:37), Él utiliza la expresión, *ou me*, significando que de ninguna manera, en ningún caso, será echado fuera.

Y ese es el caso con la Divina certeza de Gálatas 5:16: “No satisfagáis los deseos de la carne.”

Permanezcamos bendecidos y agradecidos reposando en esta Divina certeza.

3. NUNCA DEBEMOS PONERNOS NOSOTROS MISMOS DEBAJO DE LA LEY (Romanos 7:6).

Esto es otra de las cosas que no debemos hacer jamás. En el momento que olvidamos esto, avivamos la carne en su actividad. La carne se revela en la ley, como ya hemos visto. La ley fue enviada para la carne; pero solamente, y con el propósito de probar la “debilidad” de la carne (Romanos 8:3). La ley nunca fue dirigida para el hombre “en

Cristo”. Así, pues, en el momento que caigamos de la alta posición en la cual la gracia nos ha sentado, y nos ponemos a nosotros mismos debajo de ley, despertaremos la carne en su gran actividad y poder.

Esto es lo que la Escritura quiere decir con la expresión “de la gracia habéis caído”. Esto no significa alejamiento o apostasía, como lo denominamos, sino que significa andar de acuerdo a la vieja naturaleza en vez de la nueva; pensando en ella; cultivándola y teniendo atención de ella, en vez de cuidar de la nueva naturaleza. “Cristo no produce ningún efecto en todos vosotros, cualquiera de los que os justificáis por la ley” (Gálatas 4, versión inglesa) No es de maravillarse, por tanto, que este importante capítulo (Gálatas 5) comience con la solemne exhortación: “Estad pues firmes en la libertad con que Cristo os hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud”. No os pongáis debajo de voto alguno, ni hagáis promesas o compromisos de cualquier tipo. No os carguéis de fardos de ninguna clase. Son signos y símbolos de “yugos de esclavitud” debajo de los cuales ustedes mismos se colocan. Son enredos e implican o dan a entender que la gracia no es capaz de preservarte, ni guardarte a parte de algunos apoyos y estrategias o planes humanos. Prácticamente lo que hacen es negar la Divina certeza que dice: “Bástate mi Gracia” (2ª Corintios 12:9).

Es cierto, podemos sentir continuamente nuestra debilidad, a través del ser carnal en nosotros; pero eso ha sido previsto del todo por “el Dios de toda gracia”; porque Él dijo: “Mi poder se perfecciona en la [en tu] debilidad” (2ª Corintios 12:9). Evita y rechaza, por tanto, todo tipo de “reglas diarias de vida” todas las “directrices”, o guías para una “vida devota”. Considéralas y recházalas y rehúyeles como si fuesen tu más engañoso enemigo. Ellas resultarán fatales para tu paz; eclipsarán el sol en tu vida; te convertirá de ser un hijo, en un esclavo; y minará tu poder espiritual para llevarte a sus mareas. Cesa y termina con todos los esfuerzos tanto para mejorar la carne como para obtener algún control sobre ella. Alimenta la nueva naturaleza regularmente con la comida divinamente preparada, y todo lo demás caerá naturalmente en su debido lugar. Abraza una total confianza en la gracia de Dios y el poder de Dios (2ª Corintios 12:9). Y no eches mano ni adoptes esquemas o planes que pudieran implicar que precisas alguna ayuda fuera o además de la Palabra de Dios.

4. Finalmente, recuerda LA DISTINCIÓN ENTRE RELIGIÓN Y CRISTIANDAD.

La Religión tiene que ver con la carne; pero Cristo solamente tendrá que ver con la nueva naturaleza. La carne no sabe nada de Cristo, el hijo de Dios, como nuestra Vida. Se dedica solamente con lo que puede ser visto y oído y comprendido. Pero la nueva naturaleza no puede quedarse satisfecha con cualquier cosa inferior o menor que Cristo Mismo. Ni tan siquiera con la Cristiandad o la “religión Cristiana” tan separada de él. En Filipenses 3: tenemos este gran contraste plenamente exhibido e ilustrado en la experiencia personal y “modelo” del Apóstol Pablo. Su ejemplo nos ayudará mejor que cualquier precepto. Nos está hablando acerca del maravilloso fundamento de “la confianza en la

carne” que en un tiempo tuvo por ser un estricto religioso judío. Cualquiera que fuese la confianza en la carne que pudieran tener otros, el podía con denuedo decir: “Yo más”: y las enumera en siete particulares y las resume. (Filipenses 3:5, 6). Pero en todo ese tiempo estaba ciego. No tenía consigo todavía la nueva naturaleza en su interior que le pusiese delante la vieja y pecadora (aunque religiosa) naturaleza para que la viera. Pero cuando recibió este invaluable don de la nueva naturaleza, entonces se dio cuenta y descubrió que siempre había realmente sido un “blasfemo”, un perseguidor, injurioso y el “primero de los pecadores”. Pero cuando se le abrieron sus ojos para conocer a Su Señor Jesús como su Salvador y su Señor, entonces él estaba muy agradecido de desechar toda su religión, que tenía como judío, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús su Señor (Filipenses 3:8). Él considero todo como perdida, y como basura, comparado con Cristo. No fue meramente cambiar su “religión judía” por la “religión cristiana”; sino que con agradecimiento se despojó de toda religión para abrazar sólo a Cristo.

En cuanto a su posición delante de Dios, se gloriaba de haber sido “hallado en Él” (Filipenses 3:9). En cuanto a su nuevo objetivo como cristiano, era “a fin de conocerle” (Filipenses 3:10). En cuanto a su esperanza, era ser “como Él es” en resurrección (Filipenses 3:21). Todo se reunía y resumía en “Él”. Como judío que era, poseía la esperanza de la resurrección, pero con mucho gusto se deshizo de ella por la esperanza más grande de hacer parte de la que él denomina “la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3:11), que le correspondía como miembro del Cuerpo único espiritual de Cristo. Eso no significa que él, como cristiano, esperase que por ciertos esfuerzos pudiese obtener alguna ventaja sobre los demás cristianos, sino que, como un cristiano (un hombre en Cristo), él ya poseía la más bendita esperanza que cualquiera de las esperanzas que le pudiese ofrecer la “religión judía”. Él no está hablando de deshacerse de sus pecados, sino de deshacerse de sus “ganancias”. Todo lo que en un tiempo consideraba como ganancias religiosas él ahora lo considera como basura, comparado con la verdadera “ganancia” que poseía en la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús su Señor; a fin de conocerle y el “poder de su resurrección”, y lo que eso significa para todos los miembros del Cuerpo Único: porque todos los que sois participantes en sus sufrimientos, ya habéis muerto con Él en Su propia muerte (Filipenses (3:10). Nada menos que esto es cristiandad. Todo lo que se quede más bajo que esto es religión. El Cristianismo consiste, no en artículos o dogmas, ni credos, ni confesiones; tampoco en iglesias, asociaciones de miembros, ni reuniones de comunión entre hermanos; sino, en una Persona. Dios garantiza que todos y cada uno de nuestros lectores puede estar capacitado por la gracia para decir de todas sus supuestas ventajas en la carne: “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida y basura por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).

5. Pero, en conclusión NO TE OLVIDES QUE ESTE ES EL CAMINO DE DOLOR Y DE CONFLICTO

No en nuestro interior, sino que procedente del exterior. No es solamente el conflicto que surja proveniente de nuestra vieja naturaleza, sino proveniente de terceros. Esto permanece siendo verdad, y continuará siendo verdad en nuestra propia experiencia, y hasta el final: “Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora.” (Gálatas 4:29). El énfasis se halla puesto en las dos palabras “entonces” y “ahora”: una es la palabra inicial en la frase, la otra es la última de las palabras. Esto es para darnos la certeza de que no debemos procurar o esperar ninguna mudanza en la vieja naturaleza; ni alteración alguna en estas circunstancias. Todo lo que se nos exhorta hacer es que recordemos que somos hijos de la mujer libre, y no de la esclava; y que tenemos que permanecer firmes en esta libertad” (Gálatas 3:1). ! Bendita libertad! La palabra “entonces” en Gálatas 4:29 se refiere a Ismael e Isaac, pero apunta hacia atrás, hasta Caín y Abel, y la persecución religiosa que culmina siempre, si puede, hasta en el mismo asesinato. También señala el hecho de que fue en el núcleo entre los judíos, no de entre el pueblo común, sino de “los sumos sacerdotes”, quienes estaban determinados en la crucifixión del Señor Jesús. Igual está sucediendo “ahora”, “Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Y esta persecución aparecerá sobre todo proveniente de la carne religiosa. ¿Quién entre nosotros será que no admita que su mayor conflicto y obstáculo le sobreviene a través de la obra de la carne en sus colaboradores cristianos? En vez de la persecución provenir como en la antigüedad del mundo, que quebraba los huesos a las personas, ¡ahora proviene de los hermanos creyentes, y lo que parten es el corazón de la gente!

Fue precisamente cuando Saúl se empeñaba en llevar a cabo su religión más tenazmente que se embarcó en la obra de persecución (Filipenses 3:6). Es la religión la que ha derramado la sangre de los santos; es la religión la que ha engrosado las listas del “noble ejército de mártires”.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.”

Esto se halla en conexión con lo que se nos avisó: “No os maravilléis, hermanos míos, si el mundo os aborrece” (1ª Juan 3:1,13).

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:18, 19, y 17:14).

Si estas palabras fueron ciertas y verdaderas “entonces”, de los Apóstoles a quienes fueron dirigidas, cuanto más verdaderas serán “ahora” en nuestra propia experiencia. Por tanto, como poseedores de la nueva naturaleza, “no nos maravillemos” ni en los conflictos con la vieja naturaleza dentro de nosotros, ni en los conflictos externos de aquellos que los tienen con nosotros: sino que más bien regocijémonos sabiendo que, en este conflicto,

tenemos la garantía más grande de que somos “hijos de Dios, y “Hechura Sua”. Esta es la prueba más segura que podemos tener, como hijos de Dios, de que hemos sido escogidos de entre el mundo; y “tengamos por sumo gozo” si tenemos el privilegio de sufrir cualquier cosa por Aquel que sufrió todo por nosotros, “por el gozo puesto delante de Él”.